

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1874. — TOMO XLIII.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 33. — N° 1,115.

SUMARIO.

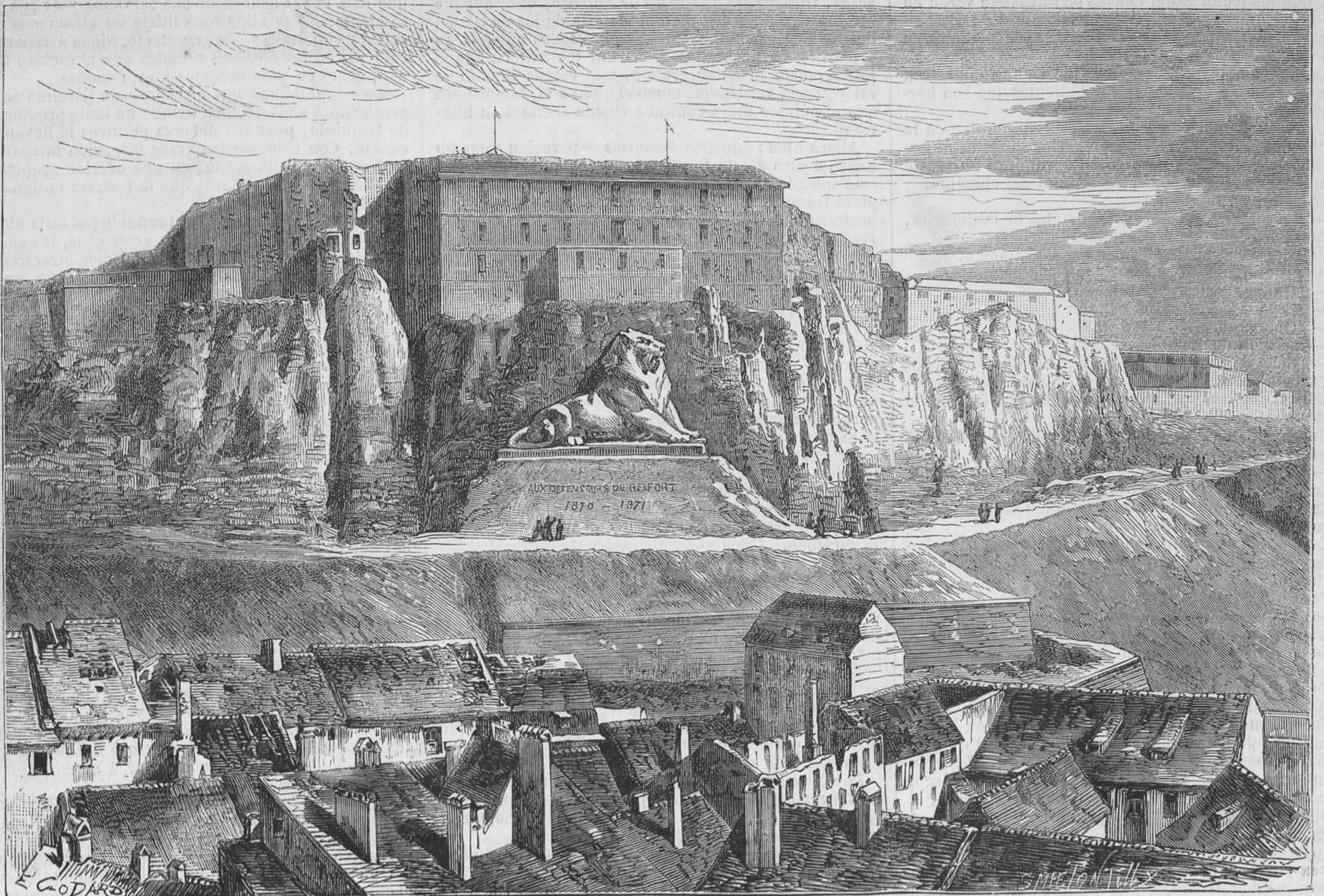
El leon de Belfort; grabado. — **Revista española**. — **Sucesos de España**; grabado. — **El Sena**. — **Viaje en vapor**; grabado. — **Revista de París**. — **Miscelánea**. — **La Primavera**; grabado. — **La Niña de Oro**, por Julio Nombela. — **Escenas de costumbres árabes**; grabados. — **Dos flores ó sea Rosa y María**, drama en verso por Francisco Galindo. — **La explosion de un torpedo**; grabado.

El leon de Belfort.

A fin de perpetuar la memoria de la heroica defensa que hizo Belfort resistiendo con indomable valor hasta la conclusion de la guerra á todos los ataques de los prusianos, el consejo municipal de esta ciudad acordó en sesion del 4 de octubre de 1873, elevar cerca de la ciudadela un monumento conmemorativo, segun verán nuestros lectores en el grabado que les presentamos en la primera página.

Un leon de gigantesca talla que deberá dominar la ciudad debe colocarse sobre una plataforma labrada en la misma roca.

Este leon no será como el que aparece herido en Lucerna, sino uno que por su actitud revela que se halla pronto á lanzarse al primer grito de alarma para hacer frente al enemigo. Aparece sentado sobre sus patas traseras; y está apoyado con la mano izquierda, mientras que con la derecha lanza á sus adversarios su terrible garra. Belfort se encuentra hoy como antes se hallaba Huningue, como un centinela que vi-



EL LEON DE BELFORT. — Proyecto de monumento conmemorativo de la defensa de Belfort durante la última guerra.

gila por la seguridad de Paris y de toda la Francia. Este leon, que tendrá diez metros de altura, será tallado en una enorme piedra blanca de Lorena, y llevará esta inscripción:

¡LOS DEFENSORES DE BELFORT!

1870-1871.

Para la construcción de este monumento se ha abierto una suscripción pública, en que es de esperar formarán parte todos los departamentos de la Francia.

P. P.

Revista española.

¡Pobre España! — La guerra. — Luz entre sombras. — Una comedia nueva. — Varias zarzuelas. — Libros. — *Historia de un corazón.* — *Los pequeños poemas*, de Campoamor. — Una carta de Juan Soldado. — El rigor de las desdichas.

Seguimos en la misma situación.

La guerra ciere sus fatídicas alas sobre este desdichado pueblo.

Los pacíficos valles de Vizcaya son teatro de luchas y de horrores.

Y pasa el tiempo, y se consumen todos los recursos, y perecen los soldados, y nadie ve claro.

Las familias emplean sus ocios en hacer hilas, en confeccionar vendas, cada cual hace los sacrificios que puede para aliviar las desgracias de los heridos, y mientras unos lloran la pérdida de un ser amado, otros desean y temen la llegada del correo, por las noticias que trae, casi siempre dolorosas.

El ejército consume un dineral: puede calcularse que se le envían diariamente de tres á cuatro millones.

Para aumentar estos recursos se organizaron suscripciones, conciertos, funciones dramáticas y otros estímulos por el estilo.

Los duques de Sexto han dado un concierto brillantísimo en su magnífico palacio. Cada billete costó cien reales. Los mejores artistas interpretaron gratuitamente piezas escogidas con verdadera inspiración, y la función, despues de reunir á la aristocracia madrileña, produjo mas de tres mil pesos.

Como los lectores del CORREO DE ULTRAMAR verán en otros periódicos las noticias relativas á la guerra, no daré colores sombríos á mi revista, refiriéndolas de nuevo.

Pero sí consignaré algunos rasgos, que demuestran que no siempre olvidan los combatientes que son hermanos.

Los mismos periódicos liberales refieren que en la noche del 27 de marzo llevaban varios soldados al general Loma, herido y perdido en el camino; en vez de conducirlo á su campo, le llevaban al del enemigo.

En esto oyeron voces:

— No es por ahí, tuerzan Vds. hácia la derecha, gritó el centinela de una avanzada carlista.

Un capitán al ir al relevo se perdió también.

De pronto tropezó con una avanzada enemiga.

— ¿Quién vive? preguntó el centinela.

— ¡España! contestó el capitán.

— ¿Qué gente?

— Batallón de Ramales.

— ¡Cabo de guardia, el enemigo! gritó el carlista.

En esto salió un oficial, y conociendo que los soldados se habían perdido, los orientó y los despidió cortésmente.

Durante la tregua bajaban los soldados á un valle donde hay una fuente.

— Muchachos, bebed aprisa y marchaos, que vamos á tirar, les gritaron sus adversarios.

En el campo opuesto se ven también rasgos de generosidad por el estilo.

Esto prueba que aun conservan los españoles algo de aquella hidalguía que en siglos anteriores los caracterizaba.

Pero hablemos de otra cosa.

Los teatros, algo desanimados, procuran aumentar su repertorio para atraer al público.

En el Español continúan dando grandes entradas las *Manzanas de oro*.

En el teatro de Apolo se ha estrenado una comedia de Blasco, titulada el *Anzuelo*.

Nada de nuevo ofrece el argumento, tanto en lo que constituye el enredo, como en el fondo moral que entraña. Numerosas son las obras en que se trata igual asunto con iguales ó parecidos medios. Sin embargo, como la intención es sana y la trama interesante, el público perdonó la falta de novedad en el fondo y en la forma.

Aparece en el *Anzuelo* un matrimonio de humilde origen y nacimiento, en el que el marido, á fuerza de trabajo y de actividad, se ha conquistado una posición que, desahogada primero, ha llegado á ser opulenta. La madre, infatuada con sus riquezas, quiere alter-

nar con el gran mundo y emparentar con la aristocracia, casando á su única hija con un noble. Hay, en efecto, un mozo de buenas prendas exteriores, de elevada alcurnia, de elegante trato social, que solicita á la muchacha y de quien ella se enamora. El padre se opone, por desconfiar de la probidad y conducta del pretendiente; pero al ver el empeño de su hija, que ha enfermado del disgusto de no serle permitidos estos amores, fatigado por la insistencia de su esposa, accede. El galán, que es un pájaro de cuenta, que va solo en busca del dinero de su futura para salvarse de la ruina á que le han conducido sus despilfarros, visita la casa y es recibido con júbilo sinigual por madre é hija, aunque no así por el honrado comerciante.

De pronto llega, sin ser visto mas que por este, un sobrino suyo, farmacéutico de un pueblo, pero que se educó en un colegio de Francia, cuando su padre contaba con mas fortuna, y que está ya harto del pueblo y de la farmacia. Es buen mozo, listo y osado; al verle ocurresele á su tío una idea que quizás le libre de aquella boda que le amenaza, y dándole dinero en abundancia, le ordena que se vista con distinción, que se presente como un duque procedente del extranjero y que enamore á su hija.

Cumple al pié de la letra el mozo su papel, y su tía se deja bien pronto arrastrar por el esplendor de que se rodea el supuesto magnate, desdeñando al novio de la niña, que se da á los diablos al ver aquello.

Sigue el curso de la acción entre los ardides del padre para interesar mas y mas al audaz boticario; las vacilaciones de la niña, que se deja arrastrar á veces por la elocuencia y el fuego del pseudo-duque, enamorado ya en realidad de ella; los temores del novio de perder la presa y los esfuerzos de la madre para atraer al nobilísimo forastero, cuyas grandezas verbales le han trastornado y para volver hácia él los ojos de la niña.

Por último, todo se descubre, pierde esta sus ilusiones al ver á su amado rehusar un duelo en mengua de su dignidad, por no perder su mano, es decir, su dote; averiguase á mas que es un estafador y petardista; demuestra el antiguo mercader lo útil de su treta; despójase el boticario de su piel de león; accede á la muchacha á ser su esposa, prendada de su conducta para con ella, la madre reniega de tan plebeyo enlace y todo acaba perfectamente.

En la Zarzuela se han puesto en escena varias obras refundidas, reorganizadas y salpimentadas de nuevo.

Titúlase una el *Sargento Lozano*, que no es ni mas ni menos que el *Chalet* de Adán y la *Betty* de Donizetti.

Otra de las novedades ha sido el *Bautizo de mi hijo*, en dos actos, arreglo, *por supuesto*, del francés.

Hace ya bastantes años, mas de diez, asistía yo con delicia á la representación de una comedia en tres actos, titulada las *Pesquisas de Patricio*, que, aunque era un juguete ó disparate á manera de los de Olona, entretenía agradablemente, y sobre todo, cumplía su propósito de hacer reír á las mil maravillas. Era el protagonista el actor cómico, y si estaba dotado de sal y gracia verdadera, como el que yo vi, forzoso era que el público diera continua rienda suelta á su hilaridad.

Ahora bien: aquellas *Pesquisas* se parecían como un huevo á otro á este *Bautizo*, y no obstante, el *Bautizo* está tomado, á lo que se afirma, de un *vaudeville* ó pieza francesa mas moderna. Como quiera que sea, la postrera aparición ó resurrección de aquellas donosas *Pesquisas de Patricio*, á pesar de haberse adornado con coros, seguidillas manchegas (el que las canta dice que es manchego y habla en andaluz), tiros, francos, galaicos en Leganes, Otelos de sainete, danzas americanas, corridas, primas y novios, suegros y padrinos, músicos y danzantes, no ha logrado sacudir el sopor que se apoderó muy presto del auditorio, que á cada momento observaba, mal de su grado tal vez, que todas y cada una de las cosas que atropelladamente acaecían en la escena, acaecían sola y exclusivamente porque así les parecía á los autores, no porque existiera otra razón.

Antes he citado á Olona, y á fe que, al ver tantos y tan desacertados arreglos aun en ese género, que entonces se apellidaba disparate y ahora bufo, se nota la falta de aquel ingenio jovial, en quien residía, á no dudar, un gran instinto cómico y un gran conocimiento escénico.

El *Bautizo de mi hijo*, por mas que Castilla con su gracejo haya tratado de darle colorido y relieve, no ha logrado sino una corta y lánguida existencia. Sus recursos y efectos, hermanos gemelos de los empleados en cierto *Viaje de mil demonios*, no podían correr mejor suerte.

El *Aceite de bellotas* titula Amalfi á un monólogo escrito con la ligereza, fácil versificación y chiste mas ó menos embusado que caracterizan las producciones de ese enmascarado poeta, y que dan ocasión á que luzca sus prendas cómicas el ya citado Castilla, para cuyo beneficio se dispuso.

Por último, el *Domador de fieras* es, por su índole, mas atrevida y disparate que todas las obras anteriores, y sin embargo, el público la ha recibido, y con justicia, mejor que á aquella.

Cuando campea ingenio en una producción, se le perdonan otras muchas faltas, y en la que cito no puede negarse que el diálogo mantiene casi constantemente la risa en los labios del espectador, que por otro lado no puede llamarse á engaño, pues antes de

levantarse el telón ya le anuncia una descompasada murga, perfectamente caracterizada, que solo se trata de lanzar algunas carcajadas á beneficio de algunas escenas grotescas.

Los teatros no dan mas de sí. Pasemos revista á las publicaciones literarias.

A vuelta de otros muchos libros originales y traducidos (entre estos el ya célebre *Noventa y tres* de Victor Hugo), se ven en los escaparates de los libreros: *Leyendas del hogar*, de Pilar Sinués de Marco. *Historia de un corazón*, de Emilio Castelar. Los *Pequeños poemas*, (primera, segunda y tercera parte), de Campoamor. *Napoleon en Chamartin*, de Perez Galdós. *Narraciones populares*, de Antonio de Trueba. *Mujeres del Evangelio*, (segunda edición), de Larmig. El tomo XI de la *Biblioteca universal* y otros varios. A la vez preparan para dar á la estampa en plazo breve, P. A. de Alarcon, su libro de las *Alpujarras*; Castro y Serrano, las *Historias vulgares* (un libro de cuentos ó narraciones, creo que con este título); A. F. Grilo, el segundo tomo de sus *Poesías*; Perez Galdós, su libro *Zaragoza*; A. R. Chaves y R. Agaz, *Pequeños poemas* y algunos, quizá muchos mas, que ignoro ú olvido.

Dire algo acerca de los libros citados, ó mejor dicho, dejaré contar del argumento de uno de ellos, de la *Historia de un corazón*, de Castelar, al excelente crítico Luis Alfonso:

« El libro, dice, es una novela, y su argumento, condensando su parte sustancial, el siguiente: Un rico propietario de Nueva Orleans vive en su magnífica quinta, en compañía de su mujer, bellísima española, á la que aventajaba en muchos años, y que se unió á él, mas por conveniencia de familia, que por una inclinación profunda, que difícilmente podía nacer tratándose de quien habia ya perdido la frescura juvenil. Carolina (este es el nombre de la esposa) cumple, sin embargo, fielmente sus deberes, y si no amor, consagra profundo respeto á su marido y vela solicita por su honor, tanto por propio decoro como por lo que estrecha sus sagrados lazos la existencia de un niño, fruto de esa unión. Pero hay en la quinta, y al frente de los esclavos, uno mulato, de inteligencia poderosísima, de instrucción nada comun, y versado y diestro, así en los ejercicios del cuerpo, como en los del espíritu; que conoce y cultiva la literatura, que tañe gentilmente una guitarra, que canta con melodioso y vibrante acento, que posee una figura arrogante y esbelta y un rostro expresivo y ardiente, mulato á mas que, como hijo de tal raza, siente con vehemencia excesiva y es fogoso y terrible en sus pasiones.

Antonio, así se llama, está hace ya tiempo enamorado de Carolina; procura enfrenar y ocultar su pasión, pero en vano: el dique que le opone solo sirve para que salte mas rugiente que nunca la cascada. Para captarse la benevolencia y predilección de la que es á la vez señora de sus servicios y de sus pensamientos, la prodiga todo linaje de atenciones delicadas y solícitas, y ella, en efecto, viene á reparar al cabo así en las notables prendas que al esclavo adornan, como en sus obsequios y expresiones.

Hace la fatalidad que el esposo de Carolina se vea precisado á alejarse, por tiempo un tanto prolongado, de la quinta, pues sus deberes políticos le llevan á la ciudad. Con este motivo crece la pasión intensísima de Antonio y llega osado, en una ocasión propicia, á manifestarla á su señora, que le rechaza indignada y soberbia.

La hispa, no obstante, ha prendido; el aislamiento, las voluptuosidades de la flora americana, las canciones y los versos del mulato, sus mismos atractivos, la imaginación fantástica y exaltada de la joven, su naturaleza nerviosa é impresionable, todo se conjura para que una noche, y como magnetizada por la influencia de la atmósfera, de sus ensueños y de la potente voluntad amorosa de Antonio, pierda por algunos momentos la conciencia de sí propia y los aproveche el audaz esclavo para imprimir en los de ella sus labios secos y abrasados. Carolina nada sabe, pero siente crecer, avasalladora é irresistible, su pasión por el esclavo, y trata y procura ahogarla, mas las circunstancias se conjuran en su contra: su esposo, sintiendo como instintivamente, y por las cartas de su mujer, algun recelo, ordena que sea vendido el esclavo, lo cual á ella, que se considera inocente y que reconoce, por tanto, injusticia notoria en su proceder, la indigna y enemista caer con su marido allá en el fondo de su alma.

Por último, una noche una exhalación prende fuego á la parte de la casa donde duerme su hijo, envuelve en humo y llamas su aposento. Nadie osa penetrar en aquel volcán hirviente; la pobre madre, desesperada, fuera de sí, sin fuerzas y caída en el suelo, implora socorro, y Antonio en aquel punto se lanza con bravura á la hoguera voraz, arranca á la muerte el niño, lo deja en brazos de su madre, y salva unos cuantos caros objetos allí guardados. Ríndele luego las emociones por el cansancio, el peligro ó las lesiones que ha sufrido, y Carolina hace llevar á su mismo lecho al salvador de su hijo.

Entonces, y mientras por la noche le cuida y vela, la gratitud por su heroica acción, las contrariedades que padece, su afición mal reprimida, la soledad, la seducción del mulato, las mil y mil cosas que pueblan por un momento aquel ambiente, saturándolo de emanaciones embriagadoras, la aturden, la marean, la fascinan y la hacen caer en los brazos de su frenético amante, de los que se arranca, ya adúltera.

Su misma falta verifica en ella una tremenda reaccion, y, cumpliendo la voluntad nueva y fuertemente expresada de su esposo, hace vender al mulato, que, loco, desesperado, llevando una gloria trocada en infierno en su corazon, se deja conducir al mercado público, de donde le rescata en breve un antiguo y ya rico amigo y compañero de estudios.

Entre tanto llega el marido de Carolina y la encuentra presa de frecuentes congojas y de continuo padecer, que atribuye á su estado, pues en efecto atraviesa la española por la época de una gestacion que al fin termina por el nacimiento de una niña.

La sangre mezclada, impura, como la llama el opulento esclavista, se conoce, y en efecto, la hija de Carolina es reconocida por todos y por el esposo de su madre como hija de mulato. La explosion de dolor es terrible en ambos cónyuges: ella acaba por confesar que todo se origina de haberse casado sin amor, y él, el desdichado, pierde la razon y queda entregado á una violenta enajenacion que se manifiesta en un casi constante delirio.

Antonio sabe el nacimiento de aquel ser que con tan malos auspicios viene al mundo; sabe tambien que es él su padre, y una noche penetra en la estancia de Carolina, la insta para que le siga, para que huya, y como ella se niega, le arrebató la niña, escapando con esta, mientras Carolina cae desplomada, entre los furiosos gritos que en cercana habitacion exhala el loco.

Aquí termina la parte publicada de la *Historia de un corazon*; pues segun el autor advierte, queda aun la segunda, en que se relatan las vicisitudes del hijo de Carolina y de su esposo.

No disgustará á los lectores conocer el asunto de los *Pequeños poemas* de Campoamor.

En el *Tren expreso* se lee la patética historia de una mujer cuya alma tierna se troncha, como el lirio, por efecto de un desengaño, y que al morir envia su último suspiro á otra alma que la ha comprendido y amado.

En la *Novia y el nido* se pinta la transicion de la niña á la mujer, de la inocencia á la malicia, que se verifica por efecto del primer rayo de amor que hiere la pupila ó el menor soplo de la naturaleza que levanta el velo del pudor.

En los *Grandes problemas* se miran como en un espejo las gradaciones del sentimiento, las dudas del corazon, la lucha terrible entre el querer y el deber, entre la virtud y la felicidad, entre la vida con sombras y la muerte con luz.

En *Dulces cadenas* se describe lo triste y vano de la libertad que estriba en arrancarse á los lazos del cariño.

En la *Historia de muchas cartas* se pone de manifiesto la indolencia humana, que malogra generosas empresas y daña por inaccion tan cruelmente como daña la accion.

En el *Quinto no matar* se dibujan esas primeras, candidas agitacion de la conciencia de una niña, indecisos crepúsculos del fuego pecador de la existencia.

En la *Calumnia* aparecen de relieve los horribles efectos de la cavilosidad y la desconfianza, alimentados por rumores vagos y por perfiles inciertos de negras acusaciones.

En *Don Juan* se observa el duro castigo del libertino, matado por el mismo vicio que consumió su vida, á la vez que la sublime abnegacion á que llega la mujer, cuando no por sus virtudes, por sus pasiones.

En las *Tres Rosas* se pone de manifiesto la insaciable ánsia de placeres que atormenta al hombre, lo versátil de su naturaleza y la terrible justicia de los hechos humanos, que conducen al delincuente al suplicio que él mismo infligió á otros.

En *Dichas sin nombre* se expone ligeramente esa flaqueza de la memoria, mas bien del espíritu, que nos hace olvidar, así la voz cuyos acentos nos hechizarian, como la fuente cuyas aguas apagaron nuestra sed.

Por último, en las *Flores vuelan* se recuerda la fragilidad de la constancia y la dificultad de que el sentimiento dado en depósito se guarde religiosamente.

Hay, como se ve, profunda intencion filosófica en la mayor parte de los *Pequeños poemas* de Campoamor, un tanto escéptica, pero propia de la época de dudas y vacilaciones que atravesamos. El poeta, sin embargo, ha sabido con peregrino ingenio encerrar en reducido cuadro, cuadritos de gran valia é importancia.

Sin abandonar el ameno ambiente de la poesia, voy á trasladar un fragmento de una carta de *Juan Soldado*, leida en una de las funciones dramáticas que se han dado á beneficio de los heridos del Norte.

Es un cuadro triste, pero de dulce tristeza, que conmovirá, seguramente, á los lectores.

Dice así la carta:

« Madre: te escribo con amarga pena,
Que en llanto abrasador mis ojos baña....
No quisiera afligirte... ¡Eres tan buena!
¡Mas no quiero engañar con voz serena
A la sola mujer que no me engaña!

Mañana entramos en accion: se espera
Que hallaremos mañana al enemigo;
¿Sucumbiré? ¿Quién sabe!... ¡Dios lo quiera!
¡No la podré olvidar mientras no muera!
Perdóname... no sé lo que me digo.

Ha anochecido: del helado viento
Nos preservan hogueras á millares;
¡Qué aspecto me presenta el campamento!
¡Hiere mi oido el eco turbulento
De risas, juramentos y cantares!

Un cigarro y un vaso por cabeza
Han venido á aumentar el regocijo;
Mientras que en brazos yo de la tristeza
Pienso en ella y en tí, con la certeza
De que solo tú piensas en tu hijo.

Sobre un tambor te escribo, á los reflejos
De una hoguera, y en círculo agrupados
Escucho las consejas y consejos
Con que divierten los soldados viejos
Y animan á los jóvenes soldados.

¡Qué oscura está la noche! ¡Ni una estrella!
Y esta noche, á su lado trascurrida,
¡Seria para mí tan dulce y bella!
No te ofendas si pienso tanto en ella...
¡Bien lo sabes... quien ama nunca olvida!

No abandono el bendito escapulario
Que pusiste en mi cuello,
Y cosido á la Virgen del Rosario
Tambien llevo un hermoso relicario,
Un rizo que corté de su cabello.

Los dos me salvarán, pero si muero
Los dos recibirán en mi agonía
De mis labios el hálito postrero;
¡Morir sin ver los seres que mas quiero!
¿No es verdad que es horrible, madre mia?

Por eso vierto, sin fingido alarde,
En lágrimas la hiel que el pecho encierra;
¡No es porque llore el militar cobarde!
Mañana el fuego que en mi pecho arde
Mostrará que... ¡Maldita sea la guerra!

En los momentos en que escribo, el combate ha empezado, y ¡habrá tantos que piensen como el militar de la carta!

Pronto, á otro asunto para que no os entristezcais. Conozco á un empleado que es el rigor de las desdichas.

Hace ocho años que está casado, y tiene siete hijos. Últimamente le han dejado cesante, en visperas de tener el octavo vástago.

A los dos días de quedar en la calle, estaba en su cuarto, abrumado con la idea de su pobreza, cuando la comadrona que asistía á su esposa le sacó de su meditacion, presentándole dos niños recién nacidos.

— ¡Dos! exclamó.

— Sí, señor, dos, contestó muy oronda la matrona.

— Serán para elegir, contestó el cesante.

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de abril de 1874.

Sucesos de España.

El ejército liberal ha obtenido un triunfo importantísimo, haciendo levantar á los carlistas el sitio de Bilbao. Estamos preparando una serie de grabados relativos á tan fausto hecho de armas, y por lo tanto no entraremos hoy en pormenores, reservando nuestra reseña de las operaciones y los combates para que sirvan de explicacion al trabajo de nuestros dibujantes y grabadores.

Entre tanto diremos cuatro palabras acerca de la lámina que publicamos en este número, y que nos demuestra de qué modo los carlistas se han proporcionado hasta aquí las armas y municiones de guerra, que nunca les han faltado, como es sabido. Las reciben á la par por la frontera francesa, y mas aun por mar, procedentes de Inglaterra. Los buques que las llevaban echaban el ancla ó cruzaban fuera de las aguas españolas; y entonces, á favor de la oscuridad de la noche, que burlaba mas fácilmente la vigilancia de los cruceros, se destacaban de la orilla ligeras embarcaciones dispuestas para el caso, y se llegaban á recoger los preciosos bultos con los cuales se volvian á la costa.

La primera dificultad estaba vencida; pero luego se trataba del desembarque, el cual solo podia hacerse por sitios casi inaccesibles, en razon á que en los otros habia mucha vigilancia. No se arredraban con los obstáculos: las embarcaciones se situaban valerosamente

á lo largo de los derrumbaderos cortados á pico, y por el camino del cielo subian los fardos atados á cuerdas, en tanto que las lanchas sufrían el embate de las olas. A veces fracasaban; pero regularmente salían bien en la empresa, porque tenían paciencia y buen ánimo. ¡Qué ocasion para los contrabandistas indígenas! Nunca se han visto en otra semejante.

R. S.

El Sena. — Viaje en vapor.

No creais, amables lectores, que por competir con la gloria que ha sabido conquistar el célebre navegante Bougainville, trato ahora de describir un viaje por el Sena. Mi excursion nada tenia de arriesgado, pues el buque que monté se llamaba el *bateau-mouche*, y el viaje está al alcance aun de los mas pobres. Una vez á bordo, oí el silbido y el ruido siniestro de la máquina: ya el ronco tañido de la campana me anunció que me iba alejando de la orilla.

Al encontrarme á bordo del buque sufrí cierta impresion de malestar que sin duda me la producía el aire glacial que reinaba, y que me probaba aun otra vez cuán acertados eran los pronósticos del Observatorio astronómico. En aquel momento confieso que me pareció un anacronismo exponerse en medio del Sena á los rigores de la luna de mayo, aun cuando el magnifico panorama que se extenderá á nuestra vista nos indemnice en parte de los frios que vamos á experimentar.

Desde mi salida de Charenton, que fué el punto en que me embarqué, pude admirar los mas bonitos paisajes y las islas que forma el Marne, cubiertas de espesos bosquecillos de un admirable verdor, y de árboles con frondosa copa; pocos momentos despues entré en el Sena, cerca de las *Carrières* y de *Conflans*.

¡Conflans! ¡Qué de recuerdos me asaltaron á la vista de este magnifico sitio! Aquí fué, segun dice Saint-Simon, en donde el famoso Francisco de Harlay estuvo encerrado con su buena amiga la duquesa de Lesdiguières en un bonito jardin; y era tal su deseo de tenerlo aseado, que á medida que se paseaban, los jardineros los seguían á cierta distancia con el objeto de borrar sus pasos por medio de un rastrillo...

A nuestro paso pudimos admirar los alegres oasis y las bonitas casas de campo, á la vez que los marineros con sus trajes de mil colores, y embarcados en sus frágiles canoas, nos saludaban con sus canciones populares.

Ya tocamos en la barra de Ivry, bogando, iba á decir, á velas desplegadas, hácia Paris, cuyas fortificaciones aparecian á nuestra vista como una verde muralla que rodea á la ciudad de la piedra, del mármol y del oro.

Al llegar á Bercy, los empleados del resguardo empezaron á recorrer con su vista inquisitorial el puente y los salones de descanso. Aquí la inspeccion fué mas larga, porque algunas señoras se refugiaron en este sitio; y como los empleados del resguardo son gentes tan poco discretas... por deber sin duda, que nos hicieron concebir algunas sospechas respecto á los vistosos trajes de nuestras compañeras de viaje. Felizmente pudimos convencernos muy pronto que no se habia tratado de defraudar.... al menos en cuanto corresponde al fisco.

Por fin partimos de Bercy, en donde las cubas y las pipas me causaban miedo.

Despues dejamos á la izquierda el muelle de la Gare y el ferro-carril de Orleans; y el puente de Bercy y la estacion de Lyon á la derecha; y cuando hubimos doblado el puente de Austerlitz, hicimos alto enfrente del Jardin de Plantas.

¡Ah! si hubiéramos tenido tiempo, nos habríamos acercado á la jaula de los monos, pues segun nos asegura M. Littré, descendemos de tan sublime stirpe.

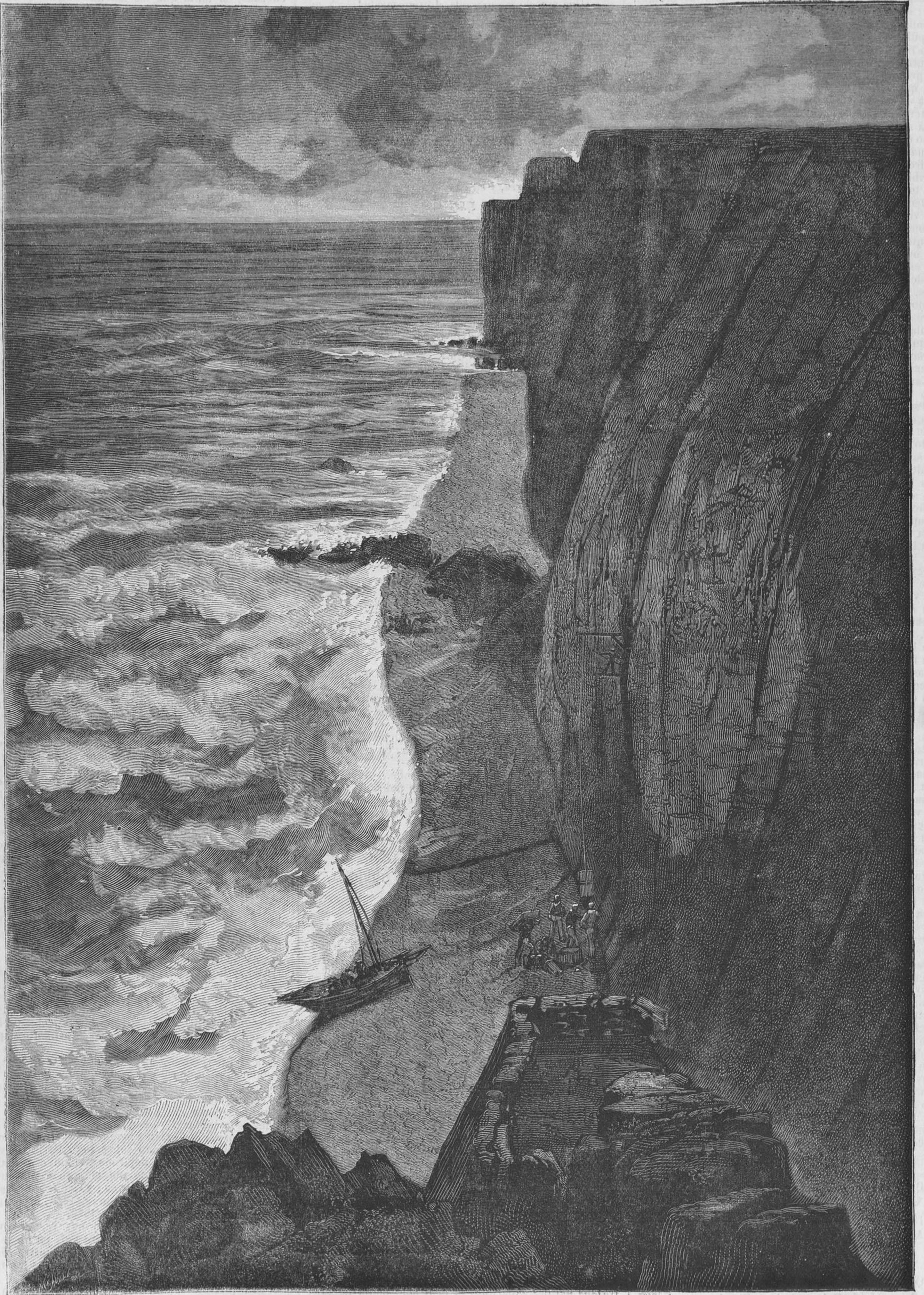
Ya estamos enfrente del Depósito de Vinos, que es una segunda edicion de las riquezas vinícolas de Bercy... teniendo á nuestra izquierda la brillante cúpula del Panteon.

Mas allá percibimos la casa Lambert con todos sus innumerables recuerdos, la isla de San Luis con sus antiguos edificios, adornados algunos de torreones y sus calles tortuosas.

Estamos cerca del extremo oriental de la isla que encierra la catedral, « cuna de la antigua Lutecia. » Las dos torres de Nuestra Señora, cual si fueran centinelas, parece que velan sobre todo Paris; pero el vapor nos arrastra sin dejarnos tiempo de admirar tan espléndido monumento, que empezó á construirse bajo el reinado de Luis el Joven, y que segun aseguran los cronistas, fué terminado en 1223, á pesar de que aun hemos visto trabajar en 1873.

Las ruinas del Hotel de Villa nos recuerdan la guerra civil que asoló á Paris; pero muy en breve los panoramas que se van á presentar á nuestra vista, podrán hacer que desaparezcan de nosotros tan tristes recuerdos.

A la izquierda los edificios de una construccion severa se suceden con la mayor rapidez. Desde luego percibimos el cuartel y Tribunal de Comercio, que se halla enfrente del elegante Palacio de Justicia, que



SUCESOS DE ESPAÑA. — Carlistas desembarcando contrabando de guerra en las costas de Vizcaya.



LA CORRIENTE DEL SENA. — Viaje pintoresco por sus orillas.

hoy está unido al Viejo Chatelet, que era antiguamente mansión real.

A la derecha está la torre de Saint-Jacques. ¡Cómo se sorprendería Nicolás Flamel si viera tan admirable reliquia de la edad media colocada en medio de la calle de Rivoli, es decir, en el centro de la civilización moderna!

Antes de llegar al Puente Nuevo, restaurado con tanta magnificencia, no puedo menos de saludar á la obra maestra de Pedro de Montreuil; la Santa Capilla, la obra más acabada tal vez de la arquitectura ojival, y en la que el rey Luis IX, según afirma su cronista, invirtió más de 40,000 libras de tornes.

En uno de los extremos de la isla, y detrás de la estatua de Enrique IV, se distingue el Vert-Galant, un café cantante escondido en un bosquecillo de árboles, en donde se ocultan las currucas y los ruseñores para entonar sus más melódicos cantos.

Hé ahí la Casa de Moneda, y luego el palacio á cuyo frente nos detenemos, el Instituto de Francia. « *Esos cuarenta*, decía Piron, *tienen talento como cuatro*. » Pero esta malicia podía ser el eco del sentimiento del que no fué nada, como dice su epitafio, que ha sido traducido al español en estos términos por un gran poeta:

Aquí yace Piron, que nada fuera,
Ni académico siquiera.

(Se continuará.)

P. B.

Revista de Paris.

Se acaba de vender en Paris, por la cantidad de ciento veinte mil francos, un cuadro de Murillo perteneciente á M. Guizot, á quien fué regalado por la reina Isabel con motivo de su casamiento, en el que tanto trabajó é influyó la diplomacia francesa. M. Guizot se ha desprendido de esta preciosa composición, conocida con el nombre de *el Pastorcito*, por una causa que pone de relieve una vez más la entereza y honradez del eminente escritor y hombre de Estado que no transige nunca con su conciencia.

El caso es el siguiente.

Napoleon III, que deseaba atraer en su derredor á todo hombre notable, halló ocasión de regalar 50,000 francos á M. Guillermo Guizot, hijo del ministro de Luis Felipe.

Parece ser que las deudas de juego le habían creado apuros de consideración, y la liberalidad del emperador le permitió quedar honrosamente.

Su padre ignoró la aventura, y, bajo este concepto, no tenía por qué ocultar su oposición, que demostraba abiertamente siempre y en todas circunstancias.

Tanto fué así, que en el incidente de M. Emilio Ollivier en la Academia francesa, M. Guizot se distinguió de un modo especial entre los académicos que desaprobaban el discurso en el que se elogiaba, como saben nuestros lectores, al régimen caído, ponderando sus esplendores y grandezas.

No sabía qué golpe le esperaba.

Inmediatamente se publicó la historia de los 50,000 francos que fueron dados con tanta generosidad al hijo del hombre que pagaba aquel favor con una ingratitud tan negra, cuanto en la actualidad la familia imperial se hallaba en la desgracia.

¡Terrible revelación para el anciano padre!

Mientras él, desinteresado y noble, vivía en un humilde retiro, casi necesitando el trabajo de su pluma para cubrir sus necesidades, porque sus convicciones políticas le alejaban del gobierno dominante, su hijo recibía favores pecuniarios de este mismo gobierno, y los recibía sigilosamente, en la sombra y el misterio, sin auencia de su padre.

¿Qué hacer contra esta delación tardía de la conducta de su hijo?

M. Guizot propuso la restitución de la suma con los intereses devengados; y como se negaron á aceptarla, diciendo que no había sido un préstamo, sino una donación, llevó el dinero á la Caja de Depósitos y Consignaciones, y acudió á la justicia para que haga válido su ofrecimiento.

El Tribunal civil del Sena, que entiende en el asunto, no ha fallado aun; y esperando su decisión, M. Guizot se ha deshecho del cuadro de Murillo para constituir la cantidad que él considera como una deuda.

Dícese que el cuadro del famoso pintor español no valía la suma en que se ha adjudicado al acaudalado banquero M. Gressulhe, quien conociendo la historia, deseaba que la subasta produjera el mejor resultado posible.

No lo extrañamos: M. Guizot es hombre que inspira simpatías.

Este incidente ha dado alimento á la crónica, que principia á resentirse de los efectos de la temporada veraniega. Paris hace ya sus preparativos de viaje.

Se han concluido las fiestas del gran mundo, y apenas se habla ya de algún banquete de despedida.

Las casas de campo de las cercanías de Paris se van poblando, aunque no tan de prisa como á fines de abril, porque la temperatura ha sufrido un cambio muy notable.

Al calor exagerado ha sucedido un frío no menos intolerable, con la circunstancia agravante de que las heladas tardías producen desastres en muchos departamentos de Francia. Es de esperar no obstante, que como de costumbre, se habrán abultado los daños y perjuicios que han sufrido los labradores; y que no tendremos que añadir, por razón de este capítulo, nuevas cargas á las que pesan ya sobre el país como consecuencia de la guerra pasada.

Decíamos, pues, que había empezado la emigración veraniega, que ha debido suspenderse por la influencia de la temperatura; pero esto no obstante, no solo han cesado las diversiones propias del invierno, sino que se hallan concurridas las del estío. El concierto de los Campos Eliseos ha dado principio á sus elegantes reuniones, y no falta gente. Paris no se arredra nunca completamente por la inclemencia del tiempo. Por ejemplo, el otoño suele ser cruel; pero ¿quién podrá detener á los que están de vacaciones? No hay más ocasión que esa, y la aprovechan. Profesores y alumnos abandonan la capital á porfía, sin cuidarse del tiempo.

A propósito de escuelas, diremos que la de medicina, de Paris, se encuentra en la actualidad con un elemento nuevo. Parece ser que el sexo débil se aficiona á la ciencia de Hipócrates y abraza la pretensión de ejercerla.

Hace algunos años que se observa ya esta inclinación, y en el día hay muchas jóvenes, relativamente por supuesto, que frecuentan los cursos de la Facultad en unión con los estudiantes; que asisten á las clínicas, pasan los mismos exámenes y, por lo tanto, reciben sus correspondientes diplomas cuando lo merecen.

El *Journal des Débats* traía días pasados un interesante artículo sobre el asunto, en el que se encuentran consignados muchos y muy curiosos datos sobre los progresos de la inclinación femenina á esta carrera, que parecía reservada hasta hoy al otro sexo.

El ejemplo ha venido de América. Desde 1867 existe en Nueva York un colegio medical destinado á las mujeres; y en el mismo año recibió una mujer, por primera vez, el diploma de doctor en la universidad de Zurich.

El precedente fué contagioso.

En 1872 estudiaban en Zurich cincuenta y una mujeres, la mayor parte rusas.

Esto tiene su explicación. Existen en Asia algunas tribus kirghiz, que repetidas veces han pedido al gobierno que autorice á las mujeres para practicar la medicina, porque su religión prohíbe que los hombres prodiguen sus cuidados al bello sexo.

En 1870 se reconoció á las mujeres el derecho de estudiar medicina, por los gobiernos de estos tres países: Austria, Suecia é Italia.

Por lo que toca á Paris, dejaremos la palabra al articulista del *Journal des Débats*:

« La primera dama que ha recibido en Paris el título de doctor, fué miss Gar..., de Edimburgo, que pasó sus exámenes en junio de 1870. En agosto de 1871, miss Mary P..., de Nueva York, sostuvo su tesis inaugural, con muy buen éxito, en presencia de un crecido número de estudiantes. En el día se ha aumentado bastante el número de las mujeres que asisten á las clases de la Escuela de medicina. Diez han tomado inscripciones y han pasado ya algunos exámenes. Hay dos francesas, cuatro inglesas, tres rusas y una alemana. Además, se cuentan otras que siguen los cursos sin haber tomado las inscripciones, esto es, sin estar matriculadas. De ellas siete son rusas, y hasta la fecha les han negado toda autorización, porque habían formado parte en Zurich de una sociedad que el gobierno ruso no miraba con buenos ojos; las otras cuatro son inglesas, y no han recibido aun la competente licencia del ministerio.

» Naturalmente, las condiciones que exigen en Paris á las extranjeras, son las mismas á que están sometidos los estudiantes extranjeros, es decir, el grado de licenciado de la Universidad del país á que pertenecen. No puede haber favor para ellas: al contrario, existe una dificultad más, y es la autorización del ministro de Instrucción pública. »

Hé aquí, pues, una conquista digna de consignarse. Desde hace cuatro ó cinco años las mujeres están autorizadas para estudiar medicina en las facultades de diversos países.

Su presencia en las clases y en los laboratorios no ha dado margen á ningún ruido, á ninguna demostración fuera del orden. Los estudiantes las miran con deferencia, y adquieren ya la costumbre de tenerlas á su lado.

Pasemos á los teatros, donde hallaremos á la mujer rodeada de otro prestigio que el que puede darle su amor á la ciencia en todas las Universidades del mundo.

Ya sabemos que en la estación en que acabamos de entrar, las novedades son siempre escasas. El repertorio conocido hace el gasto en los meses calorosos; y de tiem-

po en tiempo se saca á relucir alguna antigua producción de un autor célebre.

Esto ha hecho el Gimnasio, que no acierta á vivir sin la prosa de Alejandro Dumas.

Hace doce años dió al teatro con el título del *Amigo de las Mujeres* una comedia en cinco actos, que obtuvo escaso éxito; pero esta consideración no ha detenido á la empresa. Con tal de que el mágico nombre de Alejandro Dumas se lea en gruesos caracteres en los carteles, ya se figura haber encontrado el talisman que llena de oro su caja.

No podemos menos de recordar, con motivo de esta comedia, las apreciaciones que hizo M. Paul Feval en el discurso de que hablamos á nuestros lectores en la última semana.

El elocuente novelista encomiando la necesidad de fundar en Paris el Teatro Moral que sea un refugio para las familias que no pueden hoy asistir á ninguna función teatral sin sonrojarse, hacia la salvedad de que no eran los autores de fama los que habían pervertido así la moral y las buenas costumbres en la escena, sino los jóvenes, los débiles, los que se dejan arrastrar por el gusto público en vez de dominarle y dirigirle. Alejandro Dumas estaba citado entre los que se hallan á cubierto de toda sospecha bajo ese punto.

Si M. Paul Feval ha asistido á la representación del *Amigo de las mujeres*, se habrá podido convencer de que se ha adelantado mucho incluyendo á Dumas entre los autores á quienes se refería en su discurso.

Como todas las piezas del mismo autor, esta se halla esmaltada de las más osadas teorías.

El personaje principal es un joven de treinta años, M. de Ryons, que se ocupa en seducir mujeres.

Es como si dijéramos seductor de profesión.

M. de Ryons expone su teoría para que se comprenda bien la práctica; quizás para hacer discípulos, pues se figura haber encontrado la piedra filosofal en esto de hacerse agradable á los ojos del sexo débil.

Por supuesto, se dirige siempre á las casadas, como lo exige la tradición del drama de costumbres contemporáneo.

M. de Ryons ha observado que toda señora bien educada no pasa de un amor á otro sin que haya trascurrido cierto intervalo, más ó menos largo. ¿Quién ha visto jamás dos accidentes seguidos en un ferro-carril?

Ahora bien, en ese paréntesis entre dos amores, pues ninguna señora de alto rango puede contentarse con uno solo, ¿qué es lo que necesita la desconsolada dama?

Necesita un amigo, y M. de Ryons se apresura á presentarse.

¡Qué de cuidados, cuántas delicadezas exige la situación en que va á entrar el amigo!

Bien al corriente de la historia del primer amor, M. de Ryons se presenta á la pobre víctima á las mismas horas en que antes venía el amante; llora con ella, la compadece, se desconsuela y poco á poco hace que cambie el carácter de sus entrevistas, la sonrisa comienza á aparecer, se intiman amistades, llegan las confidencias no ya sobre lo pasado, sino sobre lo futuro...

M. de Ryons está ya al corriente de quién será el sucesor del primer amante; y llegado este caso, se eclipsa, abandona la plaza, para volver á ella al cabo de algún tiempo, cuando el feliz sucesor se ha conquistado ya los favores de la dama.

¡Con qué amistad la señora estrecha su mano!

Luego, habiendo pasado tiempo, y una vez que los remordimientos de conciencia hacen que la señora en cuestión tome odio á ciertos nombres, el suyo está intacto; el suyo no se cuenta.

— ¡Yo soy el que no entro en cuenta! dice M. de Ryons á guisa de conclusión de su teoría, y me doy por satisfecho.

En la práctica, esto es, en la acción de la comedia, madama de Simerose está separada de su marido; y M. de Ryons, que conoce la historia, se presenta á hacer el papel que deja indicado en la lección precedente.

M. Dumas, como le sucede frecuentemente, ha retrocedido aquí ante la crudeza de los principios que desenvuelve en las primeras escenas de sus obras, para destruirlos sin conmiseración cuando se acerca el desenlace.

La lógica está reñida con su sistema.

Con efecto, M. de Ryons hace esfuerzos inauditos para granjearse la amistad de madama de Simerose, y una vez que lo ha logrado, una vez que la infortunada mujer, se halla como si dijéramos atada de piés y manos, el seductor aprovecha sus ventajas para imponer una reconciliación conyugal en que el espectador no podía pensar ni por asomos.

Hé aquí una moralidad fuera de tono, impropia de la situación, inverosímil. Todo lo dicho cae en la contradicción; y después de haber ofendido hasta los oídos más reacios con el curso de seducción que descaradamente profesa el protagonista, venimos á parar en que sus campañas amorosas tienen por único objeto la reconciliación de los matrimonios desunidos.

Es mucho el desinterés de M. de Ryons para que podamos aceptarle, tal como nos le presenta Alejandro Dumas.

Lo que nosotros vemos es que el autor retrocede por temor al público.

Y justamente esta vez, el mismo Alejandro Dumas nos da razón en el prefacio que ha publicado al frente del *Amigo de las mujeres*.

Se queja de que las mujeres no quisieron aceptar su obra, y ellas tienen la culpa de que fracasara, porque él cometió el delito de penetrar en el templo, de descubrir los misterios de la diosa; en otros términos, porque señaló sin piedad sus coqueterías.

Es decir que las mujeres protestaron contra esta comedia, primero porque la pintura que hace de ellas ocupadas en hacerse amantes desde que contraen matrimonio, no podía parecerlas lisonjera; y después porque el caso particular en que se apoya la demostración es falso indefectiblemente en su principio ó en su desenlace.

Lo mismo que entonces protestan en el día, y no sabemos hasta qué punto logrará su objeto de llamar gente la empresa del Gimnasio con esta pobre y malhadada producción que se titula el *Amigo de las mujeres*. La ejecución es muy inferior, sin duda para que nada le falte.

MARIANO URRABIETA.

MISCELÁNEA.

El imperio británico tiene una extensión de 7.769,449 millas cuadradas, de las cuales 121,608 pertenecen al Reino Unido, 6.615,021 á las colonias, 962,820 á Ceilan y á las Indias. Por cada milla cuadrada existen 38 habitantes en el imperio, 260 en el Reino Unido, 201 en las Indias y 1.41 en las colonias. La población de la Inglaterra y de sus posesiones es de 234.762,593 personas. Las colonias de la América del Norte tienen una extensión de 3.376,625 millas cuadradas, y están habitadas por 3.786,060 personas. Las Indias tienen una población de 191,307,070 personas; la Australia, 1.669,222; la Nueva Zelanda, 392,893, y Ceilan, 1.405,287.

El Parlamento inglés se compone actualmente de 491 miembros, de los cuales cuatro son príncipes de la sangre, que son el de Gales, el duque de Edimburgo, el duque de Cumberland (rey de Hanover), y el duque de Cambridge; dos arzobispos, 28 duques, 32 marqueses, 169 condes, 37 vizcondes, 24 obispos y 195 barones.

El invierno que acaba de terminar en la Nevada, ha sido tan rudo como jamás se había conocido desde que se estableció la colonia. El frío ha sido casi continuo desde el mes de diciembre, y ha sido mas intenso en los valles que en las grandes alturas. Así que, la falta de pastos y las muchas tempestades que descargaron, causaron grandes pérdidas en los rebaños. Solo el gobernador Bradley perdió 2,000 cabezas de ganado, y los numerosos rebaños que invernarón en la parte oriental de este Estado fueron diezmadados. Según un despacho de Elko, el 25 de febrero el termómetro había descendido á 30 grados centígrados bajo cero.

El profesor Norkenskjol ha descubierto en la Groenlandia una mesa de hierro de forma ovalada que mide 2 metros en su gran eje y 1 metro en el pequeño y pesa 25 toneladas. Hay diversidad de opiniones acerca del origen de esta masa de hierro. M. Norkenskjold no ha vacilado en asegurar que es un meteorito. Esta piedra que ha sido encontrada en la isla de Discoe, fué remitida á Estocolmo y depositada en el museo del rey.

La ilustre Edith Mand Mure Campbell Randon Abney Hastings, condesa de Londres, baronesa de Campbell, Londres, Manchline y Terrenzene, ha muerto en Ventnor en la isla de Wight, el 23 de enero último. En su testamento legó todos sus bienes á su marido Federico Abney Hastings, expresando el deseo que en su entierro se desplegara la menor ostentación posible. Después la testadora añadió de su propio puño la cláusula siguiente: Deseo que mi mano sea separada de mi cuerpo y enterrada en el parque de Donnington, sobre la pendiente de la colina que desciende hácia la parte del río Trent, en cuyo sitio se colocará una pequeña cruz de piedra con las palabras siguientes: *Y byde my tyme* (Espero el momento).

Según el *Pall Mall Gazette*, se acaba de descubrir en Exeter una mina de mercurio. Parece que unos ni-

ños jugando encontraron un poco de este mineral. En un principio se creyó que sería casual ó que alguno lo dejaría en aquel sitio, pero un farmacéutico de Exeter, que hizo algunas excavaciones ejecutadas en presencia de un inspector y de varias personas, descubrió una gran cantidad de este metal. A fin de continuar los trabajos, se espera la autorización del ayuntamiento de la ciudad, á quien pertenecen las orillas del río.

De los datos estadísticos que acaba de publicar la *Gaceta de Augsburgo*, resulta que la ciudad de Angora (Turquía en el Asia), cuenta con 38,138 habitantes, y el distrito del mismo nombre con 315,426. El gobierno de Angora se compone de cuatro distritos: Angora, Yozgat, Kyrseher y Kaisarie. La población se eleva á 1.004,478 almas, de las cuales 849,432 son mahometanos y 155,046 cristianos. El comercio de Angora con Constantinopla produjo en 1873, 15,680,000 piastras en tistik, (piel de cabra de Angora), 1,400,000 piastras en lanas, 463,000 en goma de tragacanto, opio, etc. La exportación se elevó á 15,543,000 piastras. Las importaciones en el mismo año le valieron al gobierno la respetable suma de 45,000,000 de piastras.

La fragata *Raleigh*, de 22 cañones, construida de hierro y con la portada de madera, de la fuerza de 6,000 caballos (nominales) y que mide 4,655 toneladas, acaba de hacer, bajo el mando de su capitán, el primer ensayo de su velocidad sobre los *maphis sands*. El resultado ha sido satisfactorio bajo todos conceptos, porque este buque ha traspasado el máximo de velocidad que se le había fijado, y al que se suponía nunca llegaría. En este viaje ha conseguido marchar, por término medio, de 15 1/2 á 16 millas por hora.

Las máquinas han funcionado perfectamente en todo el trayecto, dando 74 vueltas al minuto, sin calentarse demasiado, lo cual indica una fuerza nominal de 7 3/4.

El *Francés* nos anuncia que acaban de descubrirse en la tercera zona del Esquilin, en Roma, dos monumentos notables que hacen recordar los misterios de Mitra. El primero, que está muy bien conservado, es un grupo de un trabajo admirable que representa el sacrificio del toro. El segundo, que no es de tanto mérito, es un bajo-relieve de mucho interés, considerado bajo el punto de vista arqueológico, y reúne todos los símbolos del culto de Mitra, incluso el sacrificio humano que se ejecutaba muy pocas veces. Todavía se lee en este monumento el nombre del que le ha elevado, así como los vestigios del dorado y de la pintura. La municipalidad ha dado ya las órdenes para que ambos monumentos sean colocados en la sala *Delle Colonne* del Museo.

Un perro, que en su hocico lleva ya impresas gloriosas señales, acompañó á su amo durante la campaña contra los Ashantis.

Como este animal pertenece á la raza de los *bouledogues*, es valiente naturalmente, y se arrojó con la mayor intrepidez sobre los Ashantis, distinguiéndose diferentes veces durante la guerra.

En una de las batallas se dirigió hácia las filas enemigas, lanzándose inmediatamente sobre uno de los salvajes, y después de haberle mordido con tal violencia que le puso fuera de combate, le hizo prisionero, conduciéndole al campo inglés.

Este perro es tan querido de los soldados, que en otra batalla se suspendió el fuego durante algunos instantes, para darle tiempo que abandonara las filas enemigas.

Como es de suponer, este perro goza de todos los honores y distinciones que á porfía le prodigan las personas que están á su lado, y en este momento es el favorito de la aristocracia del barrio de Belgravia.

Según un estado publicado en Alejandría, residen en Egipto 76,696 extranjeros. En este número, Alejandría figuraba á fines de 1873 con 47,316 extranjeros. El Cairo y sus alrededores contenían 19,120; el istmo de Suez y el Delta 13,260. Los 47,316 extranjeros residentes en Alejandría se dividían en 21,000 griegos, 7,539 italianos, 10,000 franceses, 4,500 ingleses, 3,000 austriacos, 600 alemanes, 100 persas, 150 españoles, 127 rusos, 220 holandeses y 40 belgas. Los 40 restantes se componían de suecos, daneses, portugueses, americanos, etc. La población extranjera del Cairo comprende 7,000 griegos, 3,367 italianos, 5,000 franceses, 1,000 ingleses, 1,800 austriacos, 450 alemanes, 400 persas y 103 de diversas nacionalidades, rusos, holandeses, americanos, etc.

En Suez y en otras poblaciones de menor importancia, existen 6,000 griegos, 3,000 italianos, 2,000 franceses, 500 ingleses, 1,500 austriacos, 50 alemanes y 210 que pertenecen á diversas nacionalidades. Si totalizamos estas cifras, observaremos que los griegos representan una mitad en la colonia extranjera que habita los Estados del Khiédival, ó sean 34,600 indi-

viduos. La Francia aparece en seguida con 17,000; después los italianos con 13,906, los austriacos con 6,300, los ingleses con 6,000, los alemanes con 1,100, y todas las demás nacionalidades figuran con 960.

Leemos en un periódico de Florencia, que acaba de descubrirse en la antigua sala que ocupaba la Bolsa de los comerciantes florentinos, tres bonitas pinturas de Giotto. Cuando los frescos estuvieron desnudos, pudieron observarse siete ó ocho personajes, y en medio de los cuales aparecen tres en una tripode, teniendo el que está á la izquierda sobre su manto tres pequeñas figuras. También á la izquierda se percibe un palacio que se cree será el de la Signoria. Las descripciones que se ven en el cuadro no han podido ser descifradas. En otra sala se ha descubierto una puerta muy antigua, dorada y pintada de varios colores, de una forma muy elegante y de un trabajo admirable, sobre la cual se ven pintadas las armas de Lis y de la Cruz.

La compañía del ferro-carril del Norte en París, acaba de ensayar un nuevo sistema de cerrar las portezuelas de los coches, á fin de evitar los numerosos accidentes que ocasiona el que se ha seguido empleando hasta ahora. Con el antiguo sistema sucedía con mucha frecuencia que algunas personas que creían cerradas las portezuelas, se apoyaban sobre ellas y eran precipitadas sobre la vía. Los mismos empleados que durante la marcha del tren se ven precisados á recorrer el tren para marcar los billetes, se veían también expuestos á perecer.

El sistema que se trata de adoptar es muy sencillo, y evitará en lo sucesivo esta clase de desgracias. Un resorte adaptado á los goznes hace que la portezuela se quede abierta, mientras que la espiga no haya entrado en el palastro.

En las líneas inglesas el sistema que se sigue para cerrar las portezuelas de los coches, es aun mas seguro, porque antes de la salida del tren un empleado las cierra con llave. De modo que ningun viajero puede descender del coche á la llegada á las estaciones, sin que un empleado le abra la portezuela.

Sin embargo, como dice muy bien *la Liberté*, á esta circunstancia se debe que en la catástrofe del ferro-carril de la orilla izquierda pereciera el almirante Dumon-D'urville con toda su familia.

El torneo de ajedrez, que es el primero que se ha celebrado entre un casino de Londres y otro de Viena, tuvo principio el 1º de junio de 1872. Se han jugado simultáneamente dos partidas, siendo mano cada casino en uno de los juegos. Las jugadas se transmitían por telégrafo, y eran confirmadas después por medio de cartas. El plazo fijado para cada jugada era de cuatro dias completos. El consejo del casino de Viena abandonó una de las partidas y declaró tablas la otra. Aunque el consejo del de Londres tenía casi ganada la segunda partida, aceptó la proposición del consejo de Viena, y en su consecuencia declaró nulo el torneo.

El *Temps* nos da algunos pormenores acerca de los preparativos que se hacen en Italia para celebrar algunas fiestas centenarias.

La primera que tendrá lugar será la de Petrarca. La Academia de las Arcades de Roma ha recibido un regalo para contribuir á la compra de la casa de Petrarca, en Arezzo. Esta casa, que se halla próxima á la catedral, fué alquilada en 1302 por el padre de Petrarca cuando llegó á Arezzo desterrado de Florencia. Aquí fué en donde nació el amante ideal de Laura. Además, las Arcades, consideradas bajo el punto de vista eclesiástico, celebran particularmente el aniversario de la muerte (1874).

Después debe tener lugar el centenario religioso. Los franciscanos celebrarán en julio la muerte de San Buenaventura, como lo hicieron en marzo la de Santo Tomás de Aquino. La principal ceremonia se hará en Roma en la iglesia de Ara-Cœli, sobre el Capitolio.

El programa de esta fiesta será el siguiente: un discurso pronunciado por el síndico delante de la *Casa de Buonarroti* en la via Ghibellina; colocación del busto de Miguel Angel sobre la fachada de esta casa; erección de la estatua de Miguel Angel en la nueva plaza de las colinas, que lleva su nombre; iluminaciones, entre las cuales figurarán las de las colinas, á la vez que brillarán en la torre de Miniato, desde donde Miguel Angel defendió á Florencia en 1530, y en la torre de Gallo, en donde Galileo hizo las primeras experiencias, para recordar que casi en el momento de morir Miguel Angel nació Galileo. También se iluminarán las dos casas de Buonarroti en Florencia y en Stignano.

Además, sobre la torre de San Miniato flotará durante los tres dias que han de durar las fiestas, la antigua bandera de la República florentina, defendida por Miguel Angel.

Estas fiestas se celebrarán en el mes de mayo.



En cuanto al centenario de Ariosto, deberá tener lugar en el mes de setiembre.

Uno de los juzgados de policía de Chicago ha sido teatro de un caso que no deja de ser curioso, por mas inverosímil que á primera vista parezca.

Una jóven alemana, llamada Amelia Doumerschlag, presentó ante este tribunal una acción contra un señor Augusto Bakreus, reclamándole que cumpliera su promesa de casamiento, ó que le abonara 200 *dollars* por daños y perjuicios. En vista de esta demanda, el seductor ó pretendiente fué detenido y conducido al tribunal. La demandante explicó entonces sus quejas, manifestando que en Alemania fué desposada á Augusto; que despues este habia emigrado á América en busca de recursos, adonde ella hubo marchado para unirsele; y que habiéndole instado para que se celebrara su matrimonio, se habia negado categóricamente.

Invitado el demandado á que expusiera las razones que le hubieran inducido á proceder de este modo, contestó:

— Como esta jóven acaba de manifestar, hemos sido desposados en Alemania, en donde ella vivia en compañía de su padre. Cuando llegué á Chicago me trasladé á Division-street, en casa de su madre, pero muy en breve me convencí que Mrs. Doumerschlag tenia un carácter insufrible.

Al escuchar estas palabras, el carácter del juez, antes severo, se mostró desde entonces un poco mas alegre.

— Dispensadme, le dijo el juez, porque deseo haceros algunas preguntas. ¿Mrs. Doumerschlag trataba de vivir con vos despues que os hubiésteis casado? ¿Os habia dicho que tomara la direccion de la casa y que seria ella la que guardaria vuestro dinero?

— Si, señor, contestó el prevenido.

— Continúa, jóven, continúa, le dijo el juez en tono alegre.

— Cuando esta jóven, continuó Augusto, me reclamó que cumpliera mi promesa de casamiento, me hallaba dispuesto á hacerlo, si ella no me hubiera exigido que su madre debia vivir con nosotros.

— Pues bien, amigo mio, preguntó el juez, ¿qué preferís: pagar 200 *dollars*, ó casaros con la demandante, viviendo con vuestra suegra?

Entonces Augusto, en un tono que revelaba la mayor energia, contestó:

— ¡Pagar 200 *dollars*!

— Jóven, dijo el juez, dejadme que os estreche la mano. Hubo una época, caballero Bakreus, que estuve en la misma situacion en que hoy os hallais; y si hubiese tenido vuestra misma energia, me hubiera ahorrado veinte y cinco años de sufrimientos de todas clases. Tambien yo me encontré en la alternativa de casarme ó de pagar 125 *dollars* en oro; pero era pobre, y me casé. Durante veinte y cinco años he sido el hombre mas desgraciado del mundo, y os aseguro que me considero feliz al encontrar un hombre de vuestro temple. Mi decision es que estais libre, y que la demandante pague 10 *dollars* de multa y los gastos del proceso, por haber pensado poner á un hombre honrado bajo la dominacion de una suegra.

Un opulento aristócrata de Francia, el conde de Ourches, ofreció un premio de 50,000 francos al que lograra hallar un medio eficaz de comprobar la muerte en todos los casos, á fin de evitar las horribles escenas que suelen repetirse de vez en cuando con los infelices que son enterrados sin estar muertos, por mas que lo parezcan.

La solucion de este grave problema y el estímulo del premio ha empuñado á muchos hombres estudiosos en tan árdua tarea, y en una de sus últimas sesiones la Academia de ciencias de París ha examinado los medios propuestos por los que han concurrido al certamen.

Por desgracia nada se ha adelantado, y como muchos han propuesto medios de un carácter cómico, esta dolorosa cuestion se ha echado á broma.

Uno ha indicado la colocacion en el ataúd de campanillas eléctricas.

Otro ha preferido una trompeta colocada en la boca del enterrado, á fin de que su primera respiracion al volver en si le ponga en comunicacion con los vivos, haciéndoles saber que es de los suyos.

Otro, por fin, ha propuesto la colocacion de un tubo que permita la entrada de aire en la caja, y de un cordón unido á una campana, para que la victima respire y pueda llamar.

Al dar cuenta, en son de burla, de esas invenciones, recuerda un cronista una anecdota, que aunque nada tiene de científica, por mas que sea filosófica, amenizará esta seccion.

Un conde tenia una esposa á la que amaba con delirio. Al año de su boda cayó enferma y murió. Vivía el conde en una alquería, y el cementerio estaba en una colina próxima. Al conducir el féretro tropezó uno de los sepultureros, cayó el ataúd, y un grito que salió de él hizo huir despavoridos á los enterradores.

La condesa recuperó la vida de resultados del golpe, y la felicidad volvió al hogar triste y enlutado.

Pasó el tiempo, y doce años despues la resucitada volvió á morir.

El viudo estaba afligido, aunque no tanto como la primera vez.

Al ir á verificarse el entierro dijo su mayordomo:

— ¿Tiene S. E. algo que mandar?

— Si, contestó; quiero que los sepultureros vayan con tiento al subir la colina para que no se les caiga el ataúd.

El *Times* transcribe una carta que ha recibido de uno de sus corresponsales, con los detalles de la captura del baron Porcari, en la provincia de Termini en Sicilia, por una cuadrilla de bandoleros. Esta banda, que se componia de dos jefes, Pascual y Leon, y de tres bandidos, condujeron á su prisionero á una cabaña, y al oscurecer, despues de una larga marcha, se detuvieron delante de una granja, en donde le hicieron entrar á la fuerza. Aqui le exigieron por su rescate diez mil onzas de oro, cuya cantidad debió parecer excesiva á los mismos bandidos, porque despues la redujeron á la mitad. Sin duda la victima debió rehusar la entrega de esta suma, porque á la noche siguiente todos se pusieron en marcha, y antes de amanecer el prisionero fué arrastrado á una caverna, en donde le dijeron que se acostase.

En esta caverna, que se hallaba rodeada de rocas, habia una vasta hendidura que daba sobre un profundo abismo, y por encima de la cabeza del prisionero se oia el silbido de la locomotiva, lo cual le probó que no estaba muy lejos de poblado.

Despues de haberle exigido los bandidos que firmara una letra de 5,000 onzas de oro, salieron el 21 de marzo de la caverna para emprender sin duda nuevas correrías, creyendo que su prisionero se hallaba en completa seguridad.

Entonces el baron de Porcari, creyéndose solo, consiguió con gran dificultad salir por el agujero que servia de entrada á la cueva, percibiendo desde luego la estacion de Rocapalumba. Sin reflexionar acerca del peligro á que se exponia, se dirigió inmediatamente hácia aquel punto con tanta celeridad, cuanto que creyó oír los tiros de fusil que le dirigian sus perseguidores. Ya no le faltaba mas que atravesar un rio para encontrarse en salvo, y sin vacilar lo pasó á nado, logrando llegar por fin á la estacion, en donde fué objeto de las felicitaciones de todas las personas que se encontraban allí.

La suma satisfecha por el baron de Porcari por su rescate, se eleva á 63,000 libras esterlinas.

Las *Misiones católicas* presentan un cuadro general de los ingresos de la Obra de la propagacion de la fe en los últimos años.

Hé aqui la comparacion de 1872 y 1873:

	1872.		1873.	
	fr.	c.	fr.	c.
Europa.				
Francia.	3,660,495	07	3,629,021	52
Alsacia-Lorena.	186,947	61	185,372	93
Alemania.	353,448	20	283,468	43
Bélgica.	348,503	22	391,000	57
España.	31,081	70	7,353	40
Islas Británicas.	137,934	13	294,662	94
Italia.	343,763	09	267,964	82
Levante.	32,797	23	16,446	35
Países Bajos.	97,239	61	97,161	57
Portugal.	41,784	28	52,640	67
Polonia y Rusia.	1,024	53	4,404	57
Suiza.	54,215	58	49,022	83
Norte de Europa.	600	»	574	86
Asia.	12,859	58	12,226	55
Africa.	27,940	25	32,686	75
América				
Setentrional.	201,448	38	129,095	78
Meridional.	63,028	69	56,930	50
Oceania.	5,764	»	14,140	»
Total.	5,602,645	16	5,524,175	04

Se han publicado oficialmente en París los estados del comercio francés en 1873. Las importaciones representan 3,412 millones, y las exportaciones 3,487 millones, dando un total de 6,599 millones. Comparadas estas cifras con la de 5,553 millones á que ascendieron en 1869, último año de paz, resulta en las importaciones un aumento de 290 millones, y de 756 millones en las exportaciones. Figuran como aumento en las primeras los algodones, el carbon, las pieles, los metales, las máquinas y las frutas de mesa, en las cuales España, sin la guerra civil, ocuparia la mayor parte. En las exportaciones, el aumento ha sido en los tejidos de lana y seda, en los vinos, azúcares refinados, loza y cristal y en los artículos llamados de París.

El gobierno, al publicar estos estados, demuestra que Francia, así como Italia, Bélgica y Holanda, encuentra sus principales mercados en Europa, que figura en la exportacion por 2,680 millones, viniendo despues la América. En cambio, Inglaterra hace con la América y con Asia un comercio casi igual al de Europa, y aun en el Asia y la Oceania va en notable aumento. El ministro francés observa que lo propio

acontece á la Bélgica, á la Holanda y aun á la Italia, la cual desde 1865 se ha duplicado el comercio con Africa y América, y cree que Francia deberia hacer como Alemania, creando escuelas especiales de jóvenes comerciantes destinados á ir al extranjero, y á los cuales debe la Alemania la extension ya de su comercio en América y Asia. El gobierno francés no encuentra mejor medio de resolver estas grandes cuestiones que constituir una comision.

Los dueños del buque *Nim-rod* han sido multados en Inglaterra en 15,000 reales cada uno por carecer este buque de las condiciones necesarias para navegar. En Inglaterra se está tomando gran empeño para impedir que se hagan á la mar buques mercantes faltos de las debidas condiciones de seguridad para el cargamento, y especialmente para la tripulacion.

Los numerosos siniestros que han ocurrido en estos últimos años, muchos de los cuales eran debidos á la falta de solidez del casco ó á la exagerada desproporcion en sus dimensiones, y consiguiente falta de estabilidad y condiciones marinerias habian empezado ya á llamar la atencion, y la campaña emprendida por M. Plimson contra los abusos en la construccion naval mercante en Inglaterra, ha hecho que la opinion pública de aquel pais se fije en tan importante asunto. M. Plimson ha publicado en su obra *Our Seamen á repeal*, conocida de cuantos se ocupan de estas materias, abundantes datos acerca de la cuestion.

LA NIÑA DE ORO,

Novela original inédita

ESCRITA PARA

El Correo de Ultramar,

POR

JULIO NOMBELA.

(Continuacion.)

— ¿Eh? interrogó Eusebio.

— Es en la del Barquillo.

— ¡Ah! sí, ya lo recuerdo... Hará cosa de un año recibí de Sevilla una letra contra él.

— Y, decididamente, ¿no quiere Vd. ser su yerno?...

— No... ¿no me atrevo!

— Pues entonces les dejo á Vds... tengo que hacer unas visitas.

— Adios; no olvidaremos la agradable tarde que nos ha hecho Vd. pasar.

— El vizconde se despidió, y Serafin y Eusebio se dirigieron á la Cibele á buscar el carruaje.

— Te veo triste, dijo Eusebio á su amigo.

— He sufrido mucho, te lo confieso. Madrid no es para mí.

— Pero hombre...

— Nada, nada... esta misma noche me vuelvo á Zaragoza.

— Un día siquiera.

— Ni una hora.

— En fin, cómo ha de ser.

— Lo único que siento es dejarte en la córte con las ideas que tienes.

— El tiempo te convencerá de que voy á ser mas feliz que tú.

— ¿Casándote con la Niña de oro?

— ¡Quién sabe!

— ¡Ay Eusebio!... por Dios te pido que no hagas nunca semejante disparate.

— No tengas cuidado... no soy tan loco como tú. Pero hablemos de otra cosa... ¿Decides irte en el tren de esta noche?

— Sí; ardo en deseos de realizar mis planes.

— Entonces cenaremos en el Cisne, despues te llevaré en el coche á la estacion, y desde hoy te rezaré todas las noches un *padre nuestro*.

Eusebio dió orden al cochero de que los llevase al restaurant que en aquel tiempo tenia Farrugia en la calle de Alcalá al lado del café Suizo; al llegar tomaron un gabinete particular, comieron con buen apetito, hablaron de sus asuntos, fueron á casa de Eusebio á recoger el saco de noche de Serafin, y á las ocho y cuarto estaban en la estacion del Mediodía.

— Que me escribas á menudo, y que no me ocultes las peripecias de tus amores, dijo Eusebio.

— Así lo haré, para darte buen ejemplo. Tampoco olvides tú que has ofrecido ser padrino de mi boda.

— ¡Adios!

— ¡Adios!

Los dos amigos se abrazaron.

Sonó el silbato de la locomotora, y el tren partió.

— ¡Pobre Eusebio! pensó Serafin.

— ¡Pobre Serafin! se dijo Eusebio.

Al subir al coche, dijo al auriga :
— Al Real.
Durante el trayecto, fué diciéndose Eusebio :
— Tendría que ver que hallase en el teatro á la Niña de oro.

IV.

AMO Y CRIADO.

Y con efecto, la Niña de oro no fué aquella noche al teatro Real.

— ¡Es extraño! pensó Eusebio. ¡Faltar en una noche de estreno! Si fuera juéves, nada tendría de particular : es un día de recepción; pero hoy... ¿Habrá ido á algun baile? ¡Quién sabe si alguna ligera indisposición!... ¡Bah! ¿Qué me importa? ¡Y es guapa! ¡Aquella cabeza tan admirablemente modelada, aquellos ojos de azul oscuro tan expresivos!... ¡Es una perla! ¡Y rica! Yo lo creo... Cuatro millones al contado y seis á plazo. Entré los dos reuniríamos con el tiempo una rentita de treinta y dos mil duros. ¡Mas de cincuenta mil reales mensuales! Soy un loco : esa flor no se ha criado en el jardín del mundo para mí. Lo menos le llevo diez años : es noble, y yo plebeyo; es elegante, y yo vulgar; ha recibido una exquisita educación de adorno, y yo no sé mas que hacer cuentas. ¿Si tendrá razón Serafin? El hombre debe dominar cariñosamente, ser el mas fuerte, convertirse en una especie de protector de la mujer; y la sola idea de hacer la corte á esa marquesita, me coloca en la situación de protegido. No, no; renunciemos á esa ilusión.

Pero por mas que hacia para apartar de su imaginación el recuerdo de Hortensia, todo era inútil.

La magnífica música que resonaba en su corazón contribuía á engolfarle en aquellos pensamientos.

— El mejor medio de olvidarla, se dijo, es fijar mi atención en otra mujer.

Con el auxilio de los gemelos paseó otra mirada por las butacas, por los palcos, y nada... ninguna le parecia tan bella como la Niña de oro.

— Si me habrá enamorado de ella... pensó. ¡Tendría que ver!

A las doce y media entró en su casa de vuelta del teatro.

— ¿Qué tal, señorito, ha pasado Vd. bien el día? le preguntó Juan.

— Muy bien, pero tú lo has pasado mejor.

— ¡Yo, señorito!

— Con dinero y todo el santo día en libertad.

— Lo he aprovechado en servicio de Vd., señorito.

— Bebiendo á mi salud, ¿no es eso?

— ¡Si Vd. supiera lo que me ha sucedido!

— ¿Qué ha sido ello?

— He tenido un disgusto y Vd. lo va á tener cuando sepa...

— Habla, hombre, habla.

— Ya sabe Vd. que la planchadora debía traer hoy las camisas.

— Y que no las ha traído también.

— No, señor, y por eso fui á su casa. Vaya una escena que presencié al llegar. Su marido se había empeñado en lucir la mejor camisa de Vd.; ella negaba su consentimiento; él se la había puesto, ella trataba de quitársela. En esto entro yo, y para que no me enterase de lo que pasaba, me dice la planchadora que su marido estaba borracho. Oír él esto y coger una vara y darle una paliza, todo fué uno. La escena fué edificante, lo que echó por aquella boca la planchadora, que tan modesta parecía. En fin, señor, me escandalicé de tal modo, que cogiendo las camisas y abandonando la que había sido causa del disgusto, me vine á casa, no sin exponer antes á la planchadora que su conducta y sus palabras la habían cerrado para siempre las puertas de este domicilio. Y como las camisas se hallaban sin planchar las llevé inmediatamente á otra planchadora, que habrá velado para venir mañana á presentarse á Vd. y quedar á su servicio, si le agrada á Vd. su trabajo. Conque, ¿qué le parece á usted?

— Me parece que me has quitado una hora de sueño, vaya, buenas noches.

Entró en su cuarto y á sus solas pensó que necesitaba casarse á toda costa, aunque no fuera con la Niña de oro.

Por la noche soñó con ella.

Al día siguiente, su primer deseo fué saber por qué causa no había ido Hortensia al Teatro Real.

— Juan, dijo á su doméstico.

— ¿Qué manda Vd., señorito?

— ¿Sabes dónde vive el vizconde de Villafiorida?

— Ayer precisamente estuvo á ver á Vd. y dejó terjeta.

— Pues si tiene las señas...

— Aquí está... sí, señor.

— Entonces vas inmediatamente á llevarle una carta. Eusebio escribió al vizconde estas líneas :

« Amigo mio : le agradeceré á Vd. mucho que venga hoy á almorzar conmigo. »

Cerró el sobre y dijo al doméstico :

— Al volver encarga para las doce un buen almuerzo en casa de Lhardy.

— ¿Cómo el de ayer?

— Mejor aun... ¡ah! que traigan champagne.

El criado se fué, y al cabo de media hora que em-

pleó Eusebio en peinarse con mas coquetería que de costumbre, y en probarse delante del espejo todas sus levitas y pantalones, para escoger los que mejor le sentasen y los que mas elegantes le pareciesen; al cabo de media hora, repito, volvió Juan con la respuesta del vizconde...

« Amigo mio, le decía, lo siento mucho, pero hoy almuerzo con el marqués de Valle Ameno y con su hija.

» Si está Vd. á las dos en la Carrera, delante del Casino, y lleva Vd. para mí uno de los magníficos habanos que suele Vd. fumar, pasaremos y fumaremos juntos. »

— El almuerzo vendrá en seguida, dijo Juan.

— Ya no hace falta.

— ¿No?

— ¿Estás sordo?

— El caso es que lo he mandado disponer, y... por mí no lo siento, pero como se reúnen tantos señoritos en la puerta de casa de Lhardy, se enterarán...

— ¿Y qué?

— Nada... por otra parte el fondista se enfadará... ¿no va Vd. á almorzar en casa?

— No.

— Entonces voy... avisaré.

— Antes es necesario que me traigas aquí todas las cajas de habanos de la última remesa.

— Son mas de treinta.

— Aunque sean ciento.

— Voy, señorito, pero el almuerzo...

— Obedece y calla.

Juan fué á buscar las cajas, y por orden de su amo las abrió todas.

Mas de media hora tardó Eusebio en buscar los mejores tabacos.

— Esta caja es magnífica, dijo, vas á llevarla á casa del vizconde de Villa Florida.

— Bien está.

— Además, ponme media docena de imperiales en la petaca.

— Muchos humos son estos, dijo el doméstico para su capote.

— Corre y vuelve en seguida.

Juan se puso en marcha.

Eusebio examinó sus bastones; y recordando el del vizconde, pensó que había gastado mucho dinero, pero que no había tenido gusto.

Despachó algunas cartas referentes á sus negocios, y cerrando la última le sorprendió el criado.

— ¿Has pasado por casa de Lhardy? dijo Eusebio.

— ¡Ay! no, señor... maldita memoria... voy en seguida.

— No... ya no; que traigan el almuerzo, toma ocho duros, págalo y guárdalo para la noche.

— Así lo haré...

— ¿Supongo que no estaría el vizconde?

— No, señor... había salido ya.

— Pues hasta luego... cuidado con marcharte.

— ¿Y si viene la planchadora?

— Recibe las camisas.

— Pero es el caso que si se ha de quedar...

— Sí, hombre, sí, que se quede.

Eusebio se fué tarareando, entró en el Europeo á almorzar, y á las dos en punto estaba ya paseándose en la Carrera de San Gerónimo, delante del Casino.

Juan arregló las cajas de cigarros y la ropa que había dejado encima de la cama y en las sillas el bueno de su amo.

— Pues señor, á don Eusebio le pasa algo, pensaba mientras llevaba á cabo las indicadas operaciones. Se ha compuesto con mas esmero que antes y está haciendo la corte al vizconde de Villa Florida. Todo esto me demuestra que persiste en casarse y que ha elegido á ese vizconde para que le introduzca en la buena sociedad, á fin de buscar novia. El tabernero es un borrico y no ha sabido aconsejarme el medio de disuadir á mi amo. La escena de la planchadora no le ha hecho efecto, y eso que yo creí... ¡bah! por este lado siquiera hemos sacado algo. La Anastasia vendrá luego con las camisas y me ayudará á desplumar al señorito. Esa muchacha es bajo el punto de vista de la virtud un guardia civil; no hay miedo de que se dé á partido... De todos modos me conviene mas que planche en su casa que no que sirva... ¡La ocasión! Y á propósito, ahora vendrá dos ó tres veces por semana, lo cual me proporcionará dos ó tres ocasiones semanales de ablandarla... Ella es muy lista y tiene muy buenas ocurrencias. Si se confabulase conmigo para ayudarme á quitar á mi amo de la cabeza el picaro casorio... Los dos podríamos redondearnos y hasta sería capaz de casarme con ella... Nada se pierde por probar... Me parece que oigo pasos en la escalera... Sí... llaman... ella es.

En efecto, era la Anastasia, moza de veinte y cinco á veinte y seis años, alta, esbelta, de buen palmito y con todo el garbo de las madrileñas de la calle de Lavapiés, herederas directas, aunque degeneradas, de las antiguas manolas.

Llevaba en la mano una ancha canastilla de mimbres, y en ella, cubiertas con un pañuelo blanco, unas cuantas camisolas.

El aspecto de la Anastasia imponía.

Había que mirarla y admirarla, porque en honor de la verdad, era lo que suele llamarse una real moza.

Sus vigorosas facciones, su estatura, la fuerza que revelaban sus puños eran otros tantos guardianes de su persona; antes de propasarse alguno adivinaba el efecto que podría producir un bofetón de su diestra

y robusta mano y retrocedía á la mitad del camino.

Cuando iba por la calle, su falda estrecha por arriba y ancha por abajo, ondulaba y llenaba la acera.

Dificillito era que pasase por donde hubiese jóvenes, sin que oyese flores y chicoleos.

Entonces se sonreía.

Si alguno entonces tomaba su sonrisa como un avance y la seguía, entonces se ponía seria y el galán se volvía considerando la plaza inexpugnable.

Pero aquella mujer de tan varonil aspecto era inofensiva, sencilla y cariñosa en la intimidad.

La gracia mas insignificante la hacia reír á carcajadas, era inocente en sus pensamientos, y al mismo tiempo maliciosa y desconfiada; en una palabra, era un niño dentro de un gigante.

Bromista, alegre, curiosa, jugaba con fuego sin abrase, porque en su alma no había pasiones.

Jugar le agradaba; pero nada mas que jugar, y cuando la broma traspasaba los límites del juego, sacaba las uñas como los gatos.

Inteligencia sin cultivo de ningún género; pero naturalmente despierta y viva, su conversacion era desigual, y tan pronto ilusionaba con una frase casual, como hacia olvidar su belleza envolviéndola en los pliegues de la vulgaridad.

Tal era la Anastasia, cuyo bosquejo me ha ocupado mas de lo regular, no sin razon, como verán mas tarde los lectores.

La planchadora llamó con timidez, como persona que va por la primera vez á una casa en donde necesita hacer méritos.

Juan abrió la puerta, pero se quedó detrás de la hoja, y cuando la Anastasia entró, cerró de pronto, y por detrás le tapó los ojos con las manos.

— ¡Animal! fué el saludo que espetó al doméstico.

— ¿Me has conocido? contestó este.

— A juzgar por la broma, presumo que estás solo.

— No lo creas; estoy contigo.

— ¿Pero el amo?

— Ha salido.

— Por eso estás tan reton.

— Es que al mirarte me haces el mismo efecto que el verde á los borricos.

— En efecto, estoy verde para tí.

— Ya te madurarás.

— Y ¿qué ha dicho tu amo?

— ¿Qué ha de decir?... que le convienes.

— ¿Sin ver antes las camisas?

— Tú crees que mi amo ve?... ¿Pues qué si viera estaria yo aquí?

— En tu vida has dicho una verdad mas grande.

— Si yo soy boquita de verdades.

— Lo que tú eres es un zángano de colmena... con que anda... cuenta las camisas y hasta mas ver.

— ¿Qué tienes prisa?

— Mucha.

— ¿Te espera algun moscon abajo?

— Lo que es moscones no faltan.

— ¡Si lo dices por mí!

— Despáchate.

— Ya voy... pero entra... te enseñaré la casa.

Juan guió á la planchadora, y esta, como mujer, lo escuchó todo.

— Voy á enseñarte el retrato de mi amo para que le conozcas, dijo Juan, buscando en un album de fotografías la de Eusebio.

— ¿Sabes que es guapo?

— ¡Vaya!

— Parece muy natural.

— ¡Oh! mucho.

— Y ha de tener muy buena pasta.

— El cree que no... A lo mejor se incomoda conmigo, grita y hasta amenaza... pero yo le desarmo en seguida. En cuanto me ve sumiso, se pone él como un guante.

— Ya estás buen pillastron.

— Mira, Anastasia, siéntate que tenemos que hablar.

— No tengo tiempo de perder tiempo.

— Mira que es de veras... Tengo que contarte una cosa y pedirte un consejo.

— Lo que tú quieres es machacar en hierro frio.

— Si quisiera... ya ves, estamos solos.

— ¿Y qué? dijo Anastasia poniéndose en jarras.

— Nada... figúrate... y aunque chillases.

— Yo no chillo, ¿lo sabes? pero le planto una guantá á cualquiera, y si no atrévete.

— De ningún modo. Ya sabes que si fuera hombre de posibles me casaría contigo.

— Falta saber que yo quisiera.

— ¿Pues no habías de querer?... pero no se trata de eso. Hemos servido juntos, y ya sé que no hay medios de contrariar tu voluntad. Yo te tengo cariño, y ya ves que te ayudo. Hoy es preciso que me ayudes tú á mí. Mi amo quiere casarse.

— Hace bien.

— Yo creo lo contrario.

— ¡Es claro!... como sabes que en cuanto se case se te acaba la breva...

— Precisamente, y por lo mismo me he propuesto evitar que haga esa tontería. Mira, si estoy un año mas en su casa, puedo juntar mil duros lo menos. Con eso nos casamos, porque, tú digas lo que quieras, me tienes ley. En seguida ponemos una tienda de comestibles y hacemos un negocio redondo.

(Se continuará).



ESCENAS DE COSTUMBRES ÁRABES. — Danzas árabes.

Escenas de costumbres

ÁRABES.

Con mucha frecuencia se ha censurado que los orientales hayan demostrado su sorpresa al ver tomar parte en los bailes á personas respetables, sin que la necesidad les obligara á dedicarse á semejante diversion. Nada de extraño tiene esta admiracion si se tiene presente que el mahometano no ha creído jamás que un baile pueda construir un placer, pues hasta le califican de atentatorio á la dignidad del hombre. El baile árabe es una especie de cosa en que aparece unida la osadía y la provocativa lascivia del bolero español ó la mística pantomima de la *devadesi* hinduana. La bailarina argelina se presenta con los cabellos tendidos formando trenzas, la vista



Entierro.

centellante, la boca entreabierta y las mejillas encendidas; da una vuelta sobre sí misma, teniendo su cabeza echada hácia atrás, inmóvil, como si estuviese sumergida en un sueño, no se citerea ó dionisiaca, mientras que el cuerpo parece hallarse presa de un temblor nervioso continuo. De sus labios se la escapan como con esfuerzo cantos entrecortados, que son una especie de romanza árabe que debo renunciar á traducir. Los versos son salmodiados con aire lúgubre, con voz temblorosa, la entonacion lánguida, y que la regularidad de la rima hace recordar los cantos gregorianos. La orquesta se compone de cuatro músicos: el primero toca un violon con dos cuerdas colocadas como si fuera un violoncello; el segundo un bandolin que raspa con la uña; el tercero tiene una especie de puchero cubierto uno de sus lados con una piel de carnero que pega y aprieta con el



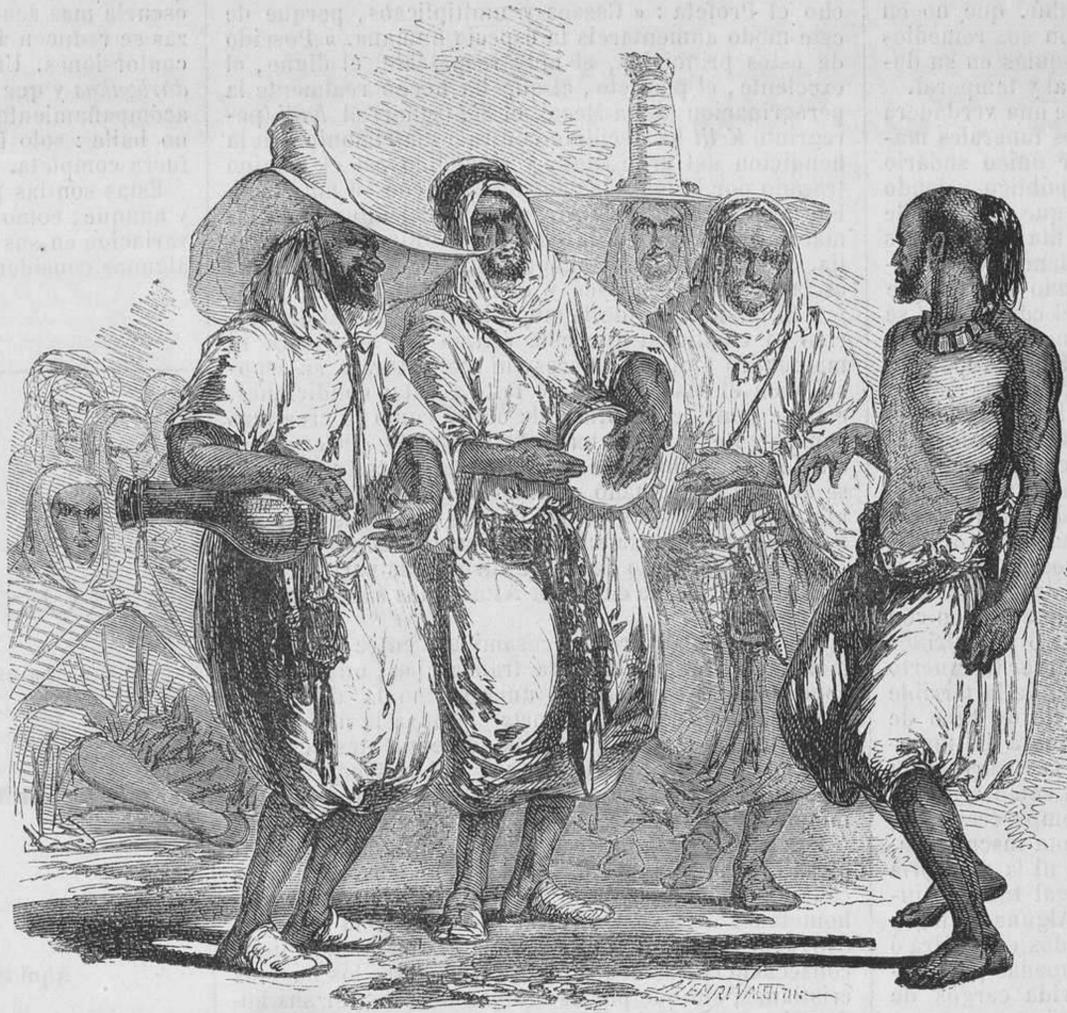
Una Rhabba.



Visita á un cementerio.

revés de la mano; y el cuarto toca grandes castañuelas que hace mas que repetir con la mayor imperturbabilidad una frase melódica que es el único sonido con que cuenta su repertorio. Es una especie de *tremolo* interrumpido y lastimero, sin ninguna transición del *fuerte* al *piano*, y cuyo movimiento rápido no está en armonía con la medida del canto.

Al cabo de algun tiempo parece que el delirio sensual, tan enérgico y alegremente expresado por el *almé* árabe, ha seducido á todos los asistentes al espectáculo, porque á algunos se les ve sumergidos como en un éxtasis, otros, abjurando de la flemas nacional, rien, cantan y beben su infusión de café negro; y no pocos, sin pedir perdon á Mahoma, no contentos de esta libación ortodoxa, toman espíritu de vino sazonado con pimienta, que le venden bajo el seudónimo de anisete, y que es el mas delicioso néctar, la ambrosia por excelencia de los mahometanos licenciosos. El sitio en que se celebra el baile, que generalmente es una vasta tienda de forma circular, ó el palacio de un noble, cuando no es un café moro ú otro lugar sospechoso, está alumbrado con velas de cera amarilla. Entonces la atmósfera es tan densa con las nubes del espeso humo que despiden los cigarros y las pipas que el local está casi á oscuras. De repente se levanta uno de los asistentes, poseido del mayor entusiasmo, y saca de su



Ghellabs.

cartera de tafílete bordada de filigrana de oro, una docena de piecitas, y aproximándose á la bailarina, se las coloca una á una en la frente, en las mejillas, en la barba ó en los labios, sin que por esto dejen de continuar sus febriles ejercicios, pues parece que su razon está cada vez mas extraviada, y que su respiracion es cada vez mas penosa á medida que se aumenta el número de los cuartos de *sulthanis* ó de los medio *boudjous*, segun la munificencia de los dilettantes, que son piezas de cincuenta céntimos que los amantes del baile ofrecen como un homenaje á esta bacante. Una de las habilidades de la bailarina consiste en sostener todas estas monedas adheridas á las partes de la cara que han tocado, sin interrumpir un solo instante la febril agitacion que ha valido á la bailarina este tributo de admiracion. Despues de haber continuado durante algunos minutos este voluptuoso baile, levanta la cabeza, y hace que se deslice el fruto de sus trabajos coreográficos en una especie de lienzo que lleva entre las dos manos á la misma altura de sus hombros; pero siguiendo bailando, porque algunas veces sigue hasta que se desmaya en medio de las aclamaciones de la asamblea, siendo reemplazada por otra, y prolongándose estos ejercicios y estos cantos con el mismo entusiasmo hasta la llegada de la aurora. No pocas veces muchas de estas huris bailan al mismo tiempo, eje-



Fantasia árabe, con motivo de una boda.

cutando las mismas posturas, convulsiones y gestos que acabamos de describir.

Además de estos bailes, que revelan desde luego el amor sensual, los árabes tienen otros en que figuran escenas simbólicas, ejecutadas por medio del estribo y de las ancas del caballo, de esa pasión militar que tan innata es en ellos. Los bailarines, armados cada uno de un gran sable, hienden el aire, como nuestros lectores podrán observar en uno de los grabados.

Si, como aseguran los filósofos cristianos, la preparación á bien morir es el único objeto y la gran obra de nuestra estancia en este mundo, no existen otros hombres que sepan realizar mejor tan austeras condiciones y sepan morir como el árabe. Así vemos con qué impasibilidad ve su próximo fin, como si hubiesen de vivir toda una eternidad; y cuando sus fuerzas, extenuadas por la enfermedad que le causa la muerte, su cuerpo cae al suelo, su primer pensamiento es recomendarse á la protección del Profeta; y con la cara vuelta hácia el Oriente, rinde el último suspiro, sin que al morir sea jamás despojado de su traje. En esta hora suprema, ninguna disposición testamentaria viene á turbar su tranquila agonía; y algunas veces deja el mundo sin que le preocupe un solo instante la idea de la muerte. El marabú, que no en pocas ocasiones acelera la muerte con sus remedios empíricos, es el encargado de las exequias en su doble cualidad de *tebib* (médico) espiritual y temporal.

No puede negarse que hay realmente una verdadera grandeza, á la vez que sencillez, en los funerales mahometanos. El cuerpo, que tiene por único sudario sus propios vestidos, se expone al público, siendo despues trasladado sobre un caballo que conduce de la brida un hombre, seguido de una fila de hombres á caballo que marchan en el mayor silencio y recogimiento, porque nadie ignora el profundo respeto que los orientales tienen á la muerte. En el cementerio se hace la distribución de viveres á los mendigos y á los pobres que forman parte del cortejo. Estos sitios consagrados al reposo eterno, están generalmente cubiertos de higueras, adelfas, plátanos y sicómoros, y rodean ordinariamente todos los sitios habitados. El muerto está tendido en la sepultura con el pecho un poco levantado, inclinado un poco de lado y recostado sobre el codo izquierdo para que pueda incorporarse mas fácilmente cuando la trompeta suene el día del juicio. Las tumbas tienen una forma tosca, porque el monumento le constituyen cuatro piedras pequeñas rectangulares; pero la entrada es la que cuidan con gran esmero, pues la cubren de dalias ó de ladrillos fijados con yeso, con el objeto de preservar al muerto del diente del chacal, y si es posible, de la terrible voracidad de los vampiros. Una especie de tubo de tierra cocida se coloca encima de la cabeza del muerto para que pueda oír mejor el día de la resurrección la voz del ángel, que intimará al fiel como al impío de despojarse de su sudario para comparecer ante Alá. Sobre las sepulturas no hay ninguna inscripción, ningun epitafio que indique el nombre ni la categoría del difunto. A la piedad filial ó conyugal toca distinguir la sepultura del objeto amado. Algunas tumbas se ven coronadas de turbantes esculpidos en piedra ó mármol que indican que se hallan ocupadas por personas que han ejercido durante su vida cargos de consideración, ó que poseían grandes riquezas, ó que son hombres eminentes por su saber ó por su piedad cenobítica, mereciendo el distinguido honor de contener sus restos mortales, que son visitados con mucha frecuencia por los devotos del islamismo, como entre nosotros se hace con las reliquias de nuestros mártires.

A estas tumbas acuden los fieles musulmanes en cabalgatas en ciertas épocas del año, y tienen el honor de hacer una descarga con sus fusiles, y en cambio de esta visita creen podrán obtener en el acto del bienaventurado á quien se dirige tan singular oración, toda clase de bienes y dignidades, y recobrar la salud y otros dones que no creen conseguir ó que se desdennan de alcanzar por la vía temporal, como lo hace el vulgo. Como se ve, es un acto de piedad bastante interesado y que tan bien representa el cuarto dibujo de la série que acompaña este número.

En Constantina, en donde el cementerio musulman está situado sobre el Coudiat-Aty, muy próximo á las fortificaciones que rodean la ciudad, el muerto es llevado en hombros de cuatro hombres y colocado en unas parihuelas que cubren de un paño mortuorio de seda de colores fuertes. A estos acompañamientos fúnebres no les falta ni carácter ni pompa. Los hombres van delante y abren la marcha diez ó doce, recitando todos al mismo unísono con un tono triste y grave el primer versículo del Koran, que es la fórmula del islamismo:

— ¡*La illah elallah, ou Mohammed recoul Allah!*

En medio de los hombres van los que llevan el cuerpo del difunto. Las mujeres siguen el cortejo, cubiertas completamente con un velo desde la cabeza hasta los piés, uniendo sus voces agudas que se ajustaban bastante bien á esta liturgia fúnebre. Al llegar al cementerio el acompañamiento, se coloca al rededor de la sepultura abierta para proceder á una ceremonia que hoy no puedo describir, porque mi calidad de europeo me impone el deber de no turbar tan piadosa solemnidad.

Toda la vertiente del Coudiat-Aty se halla cubierta de sepulturas que guardan una completa uniformidad en su parte agreste y austera sencillez. En medio de

esta estrepitosa peregrinación, hecha con fusiles y á caballo, siempre encontré lo menos una docena de mujeres arrodilladas, ó por mejor decir, puestas en cuclillas al lado de las tumbas. Confieso que me conmovió el llanto de estas viudas inconsolables, que no omiten, el día en que celebran las exequias, de arañarse el rostro, porque así lo exige el decoro mahometano; pero un día que penetré en un pabellon llamado *Bellevue*, que es una especie de café-fonda desde donde se domina todo el cementerio, apareciendo á nuestra vista un magnífico panorama, no pude menos de sorprenderme al encontrar á muchas de estas viudas cantando, riendo y haciendo coro con voces bastante viriles y mezclando su póstumo pesar con el ron quemado y el anisete. De este espectáculo deduje que la matrona de Éfeso no es un cuento, y que las llagas del corazón humano duran solamente el tiempo necesario para cicatrizar un simple rasguño.

Entre los mahometanos no sucede como en otros países de Europa, en que la mujer compra al marido. Véase, si no, la copia de un contrato de casamiento:

« ¡Alabado sea Dios, que atiende á todos los que le imploran y que se digna aprobar el presente!.... El casamiento es una institución consagrada por la religión y por las mas puras costumbres. Por esto ha dicho el Profeta: « Casaos y multiplicaos, porque de este modo aumentareis la especie humana. » Poseído de estos principios, el muy respetable, el digno, el excelente, el perfecto, el que ha hecho realmente la peregrinación (de la Meca), el *Sid* (señor) el *hadj* (peregrino) *Kelil* ha decidido contraer matrimonio con la bendición del gran Dios, y siguiendo así el camino trazado por la ley y las costumbres, con su muy amable desposada la *sida* Aicha, hija del difunto *sid* Ismael... constituyéndola en dote 800 dinares de Argelia, dos *kaftanes*, dos chaquetas, dos cinturones, dos esclavos, cuatro bueyes y cuatro quintales de lana.

» El mandatario de la mujer ha impuesto al del marido la condicion que este último no desposará ni mantendrá á otras mujeres, ni maltratará á su esposa, y en el caso de que se falte á estas condiciones, esta se considerará libre de obrar como lo crea mas conveniente á sus intereses. Habiendo declarado el citado esposo hallarse conforme con estas cláusulas, se declara consumado el presente contrato matrimonial. ¡Que Dios les colme de sus bondades y de sus bendiciones durante su vida y despues de su muerte!

» Y en testimonio de lo cual firman las partes en esta segunda década de Rabia-Attany, los *sids*... (siguen las firmas). »

Como se observará, el casamiento entre los mahometanos es una verdadera transacción, un negocio, como sucede en Francia, aunque con la diferencia que el marido es el que aporta el dote á la mujer. Así como sucede en este país, los descendientes del Profeta no conocen á la jóven con quien deben unirse, sino en el mismo momento en que se efectúa el casamiento.

Este día se celebra con comidas, iluminaciones y otras diversiones que varían segun las costumbres de cada localidad. Merced al derecho que tienen los mahometanos de poder disolver los lazos de la sociedad conyugal por medio del repudio, el matrimonio tiene consecuencias menos funestas que entre los pueblos cristianos, sin que por esto dejen de celebrar sus bodas dignamente. Un día vendrá sin duda, en que estas sencillas costumbres, estas prácticas hospitalarias que tanto distinguen á este pueblo, caerán en desuso, como ya se observa entre otras naciones que se hallan mas adelantadas en civilización, aunque todavía no han penetrado bajo la choza y la tienda.

En estas bodas se ve á la desposada que se dirige á la casa conyugal ó á la del kadi, escoltada por una cabalgata guerrera. En estas fantasías matrimoniales se ejecutan simulacros en que se figuran ataques y retiradas; despues se lanzan con toda la velocidad de sus caballos, vuelven atrás y dan vueltas con grandes gritos, moviendo al mismo tiempo sus fusiles por encima de sus cabezas y descargando despues su arma á las mismas barbas de la persona á quien se tributan estos honores. He asistido á una de estas fantasías pedestres que me pareció mas nueva. Los árabes iban adornados con sus mejores trajes y marchaban bailando muy lentamente hácia las mujeres, que estaban sentadas en una larga fila, ocupando la desposada el centro. Cuando llegaban delante de esta descargaban sus fusiles, volviéndose despues con los mismos saltos grotescos para cargar su fusil.

Durante este tiempo, las mujeres daban un grito que es una especie de trino agudo sobre la sílaba ¡*you!* ¡*you!* ¡*you!* que sostiene con una fuerza increíble y una gran precisión de entonación y que salta de una manera tan brusca como imprevista y simultánea hasta la octava. El efecto que me causaron estos gritos, que dominaban á las descargas de fusilería, será el mismo que me hará un concierto de ranas oído desde lejos.

En Constantina he visto á la desposada escoltada de un numeroso acompañamiento pedestre que recorría de noche la ciudad al sonido de los instrumentos de música. La desposada montaba un caballo, y parecía metida en una especie de gasa espesa que la ocultaba á los ojos de todos. Las mujeres marchaban muy alegres, llevando en la mano derecha pequeños cirios encendidos. Despues iban los hombres sin fusiles, bien á pesar suyo sin duda, por haberlo prohibido la autoridad. Dos de los acompañantes iban detrás del caballo de la desposada, teniendo en la mano un sable

desenvainado cuya punta dirigian al espeso velo que la cubria como una amenaza ó emblema conminatorio de las leyes musulmanas, que castigan con la muerte á la mujer que perdona Cristo.

La *Rhabba*, que es una fiesta que se celebra al Oeste de la Argelia, consiste en una lucha cuerpo á cuerpo, en la cual los atletas desplegan fuerza, agilidad, flexibilidad y esa gran habilidad en sus movimientos que tanto se admira en estos combates populares. Las personas que se ven en nuestro grabado al lado de los atletas, son los jueces del campo y los padrinos de estos rústicos paladines. Cuando la lucha termina y el cordon de jinetes que rodean el sitio del combate, así como la masa de espectadores, se rompe y se separa, la fiesta concluye por la fantasía de rigor, es decir, por tiros de fusil.

Aunque los árabes dejan á las mujeres que se entreguen al baile, esto lo hacen tratándose de una diversion, no cuando lo consideran un oficio. Los mas conocidos entre los bailes de estos titiriteros masculinos son el *paso de los palos* y el *de los pañuelos*, que serian seguramente silbados en cualquier teatro de Europa, pero en la Argelia produce un gran efecto sobre un público alegre y poco acostumbrado á nuestros bailes. Los *ghellabs* son unos bailarines de una escuela mas sencilla y mas rudimental, pues sus danzas se reducen á girar sobre sí mismos y á hacer mil contorsiones. Una música que se componia de tres *darboukas* y que tocaban hasta con rabia, formaba el acompañamiento y llevaba el compás de este monótono baile: solo faltaba un pifano para que la ilusión fuera completa.

Estas son las principales diversiones de la Argelia, y aunque, como se ve, no se ha introducido ninguna variación en sus costumbres, merece que se le tengan algunas consideraciones, por sus cortas aspiraciones.

F. M.

DOS FLORES

Ó SEA

ROSA Y MARIA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

FRANCISCO GALINDO.

(Continuacion.)

MARÍA.

Aquí tienes una carta.

ROSA.

Será tal vez de mi tía;
Léemela en alta voz;
Sabes no existen, María,
Secretos entre las dos.

MARÍA.

(Abre la carta y lee. Rosa despues de los primeros versos aparenta cortarse.)

« Perdona ¡oh! Rosa querida,
Si tu corazón herí;
Si hiel derramé en tu vida,
Perdona, me arrepentí.
Vimos de amor los albores,
Yo perjuro me extravié,
Y con dardos punzadores
Tu corazón laceré;
Mas ¡ay! en duro castigo
Tu ilusión al deshojar
El corazón de tu amigo
Fué presa del cruel pesar.
La llama que tú encendiste
Mas que nunca brilla pura
Des que airada la moviste
Con aliento de amargura.
Vuelve á mis brazos ¡oh! Rosa,
No condenes tu ilusión
A la muerte silenciosa
Del sombrío corazón.

(Hace Rosa una exclamacion.)

Recuerda que ya eres madre
Y que el llanto en que te bañas,
Hará que maldiga al padre
El hijo de tus entrañas.
Como el naufrago á la aurora

Espero yo tu respuesta,
Mujer divina que adora... »

(Viendo con cuidado la firma de la carta que ha acabado de leer.)

Esta es... ¡Su firma es esta!...

(Cae desmayada en los brazos de Rosa quien la lleva al sofá.)

ROSA, llevando á María.

¡Antonio vil, si tus traidores ojos
La inmensidad del crimen contemplaran!
¡Tu corazón, tu sangre no bastaran
Para saciar rabiosa mis enojos!
Aquí tienes otra alma ya ultrajada
Del corazón en la sagrada fe...
¡Oh burla impía!... ¡Oh joven desdichada,
Culpa no tuve yo si le adoré!

ESCENA VII.

DICHAS Y JUANA, PRECIPITADAMENTE.

JUANA.

¿Qué hay ahora? ¡Jesus, María!

(Aparte.)

El misterio ya aclaré.

(A Rosa.)

¿Qué hacemos, señora mía?

(Aparte.)

Lo bueno es que lo encontré.

(Saca un frasco de una caja de perfumes que estará sobre la mesa, y estará dando á absorber á María, mientras dure la conversacion siguiente.)

ESCENA VIII.

DICHOS Y ANTONIO, QUE ENTRA AGITADO.

ANTONIO, entrando.

¡María! ¿Dónde está?

ROSA, aparte.

¡Solo ese nombre!

(Antonio toma el pulso á María.)

ANTONIO.

Es nada.

ROSA, á Antonio.

¡Pero qué dirías, di,

Si pregunto, aunque te asombre,
Por qué has venido presuroso aquí?
¿No te ha bastado profanar cobarde
Dos almas puras irradiando amor,
Sino que vienes de tu triunfo alarde
Haciendo, y á gozarte en su dolor?
Nuevo Neron de aliento corrompido,
Vienes á Roma á contemplar ardiendo,
Y de traicion al sórdido estallido
Quieres gozarte mi lamento oyendo?
Pues oye, vil: henchida de despecho
He de morir, y el fuego de mi amor
Ahogará en el silencio dentro el pecho
Antes que darté ese placer feroz.

ANTONIO.

¡Rosa!...

ROSA.

No, no hay piedad para el impío
Que aja la fe del alma virginal,
Y profana en su loco desvarío
La pura, bella, nítida amistad.

ANTONIO.

Por Dios, mujer, escucha: arrepentido
Vuelve á tus brazos mi angustiado pecho...
Vibre en tu alma mi letal gemido...
Yo soy un loco... ignoro lo que he hecho.

ROSA.

¡Oh! no, Antonio, entre los dos ha puesto
Un abismo insondable nuestra suerte,
Mi amor por tí es un amor funesto...

(Aparte.)

¡Amor que solo borrará la muerte!

(A Antonio.)

Si allá en tu corazón, hombre de hielo,
Alguna chispa hay que yo encendí,

Apágala por Dios, y forja un cielo
Para esa joven...

(Aparte.)

¡Infeliz de mí!

(A Antonio.)

Sí, para ella que en su edad de oro
Aun siente palpitar el corazón
Al oír el mentido: « Yo te adoro »
Con que engañais el celestial candor.
Que muerta mi ilusión en los albores
Ya no te creo, Antonio; indiferente
Seré al placer, también á los dolores
Por más que muestre juventud mi frente.

ANTONIO.

Mujer divina de alma generosa,
(Quiere cogerle la mano. Rosa la retira con desden.)
Perdóname por Dios; no comprendí
Lo que valía el corazón de Rosa;
Lo ignoraba... ¡perdon!... me arrepentí...

ROSA.

¡Oh! calla, cruel, parece que tu acento
Es un veneno... Mientes; ese amor
No es el amor que dentro del pecho siento;
Es la voz congojosa del honor.
Mas aunque fuera de pasión violenta
El eco fiel, te juro por mi fe
Que nunca seré tuya. — Solo sienta
Tu pecho por María. — Yo seré
A los ojos del mundo deshonrada;
Mas mi conciencia pura me dirá:
« Que buena amiga fui, aunque desgraciada,
Y que nunca falté á mi dignidad »
Si cual Safo en el alma yo sintiera
Fuego tremendo, abrasador volcán,
Lo mismo que te digo te dijera:
Desprecio yo tu amor si es por piedad.

MARÍA, volviendo del desmayo.

¡Antonio!

ROSA, á Antonio.

¡Amala por Dios.

ANTONIO, aparte, viendo á María.

¡Cuán bella!...

MARÍA, á Antonio.

Olvidame si me amas, ama á Rosa,
Que yo seré feliz, siéndolo ella.

ROSA.

Dios mío, por piedad, hazla dichosa.

(A María.)

Él no me ama á mí, tampoco existe
Nada en mi pecho de mi amor por él;
Sed felices...

MARÍA.

No, mi alma se resiste...

ANTONIO.

¡Cuán grandes ellas!... ¿yo, qué debo hacer?

CAE EL TELÓN.

ACTO TERCERO.

AMOR Y LÁGRIMAS.

El foro representa la misma sala del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, CARLOS Y JUANA, YÉNDOSE.

JUANA.

Voy, señores, al instante.

ANTONIO.

Y dile que no recele:
Que su amigo, no su amante
Viene á verla.

JUANA, aparte.

Aun le duele.

CARLOS.

Ahora cumple tu promesa;
No lo echés á necesidad;

Tú sabes lo que interesa
En las cosas la amistad.

ANTONIO, sentándose; Carlos le imita.

Triste, bien triste es, querido;
Mas corta la relación,
De todo lo sucedido;
Préstame pues tu atención:
Ya sabes tú como Dios
O Satanás esta vez
Me ha colocado entre dos
Cual brasa ó áspid tal vez.
Al principio lo ignoraban...
Bien pronto el destino fiero
Las nubes que lo velaban
Rasgó y se mostró severo.
Amistad y amor lucharon
Y aquellas almas grandiosas
A la dicha renunciaron,
Mostrándose generosas.
La tierna joven María,
Queriendo hacerla dichosa,
Juró no llamarse mía
Mientras existiera Rosa:
Le dijo así: « Yo no pierdo
En esta dura partida
Mas que una flor de la vida,
Una engañosa ilusión:
Soy joven, mi alma inocente
Del sentimiento en la aurora,
Si un soplo la descolora,
Después brillará mejor,
Que de juventud ligera
En el mar de las pasiones
No dejan las emociones
Ninguna huella cruel;
Pero en tu pecho de fuego
Un desengaño tremendo
Siempre dejará latente
Un rastro de amarga hiel.
Yo despertaré de un sueño,
Tú marcharás á la muerte,
Y tu honor, ¡oh! Rosa, advierte,
Tu honor, dime, ¿qué se hará? »
Tanto lloró y suplicó
Y argulló con tanto juicio
Que aquel santo sacrificio
Fue aceptado. — Yo en verdad
También sostuve un combate
En que ese honor duro y frío
Sacrificó mi albedrío
Sin apagar mi pasión.

(Pausa.)

Mientras esto sucedía
Había venido á Rosa
Una carta de su tía,
Llamándola presurosa:
A la muerte ya cercana
Suplicaba que ella fuera
Quien amante de la anciana
Los adioses recogiera.

(Se continuará.)

La explosion de un torpedo.

En estos días acaban de ejecutarse en Cherburgo algunas experiencias sobre los torpedos, cuya fuerza de destrucción es conocida de todos.

Colocados debajo de los buques, los atraviesan y los echan á pique, cualquiera que sea la fuerza de resistencia que opongan.

El dibujo que presentamos á nuestros lectores representa el momento en que se trata de estudiar los efectos que pueden producir los torpedos colocados á cierta distancia de los buques. Al efecto se colocó un ponton á siete metros y medio de un torpedo cargado con 1.000 kilós de pólvora, que se hallaba á una profundidad de diez y ocho metros.

Cuando ocurrió la explosión, el ponton fué cubierto de agua y levantado á una altura de un metro, y excepto su filarete de estribor, que estaba casi podrido, todas las demás partes del barco no habían sido dañadas, y á pesar de una verdadera tromba que cayó sobre él, el puente quedó intacto.

Esta experiencia no ha podido ser mas convincente, porque si á esta distancia un ponton viejo ha podido resistir al torpedo, debe ser completamente ineficaz sobre un buque que reuna la solidez con que se construye un buque de guerra. P. P.



CHERBURGO. — Experimentos hechos en la rada sobre la explosion de gruesos torpedos destinados á la defensa de las costas.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte